

Selección

TERROR

RALPH BARBY

EL POZO DE LAS MALDICIONES

SOLO MAYOR
DE 18 AÑ


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

379 — El jardín endemoniado, *Ada Coretti*.
380 — Los juegos de Abigail, *Ralph Barby*.
381 — Aunque la muerte se vista de seda..., *Adam Surray*.
382 — Noches negras, *Clark Carrados*.
383 — Tengo miedo, ayúdame, *Ralph Barby*.

RALPH BARBY

EL POZO DE LAS MALDICIONES

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 384
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 18.026 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

—¿Cuál crees que será la sorpresa que Paul nos tiene preparada?

—Yo no sé qué pueda ser —respondió Joana a su amiga Marie mientras ambas caminaban despacio, sin prisas, con las manos metidas en los bolsillos de sus respectivos gabanes.

Joana lo llevaba de color beige y Marie, negro brillante. Ambas eran jóvenes y atractivas, delgadas y muy esbeltas. Quizá destacaba algo más Marie por sus cabellos muy rubios, lacios, sedosos y sus ojos verde claro.

Marie tenía un encanto especial que atraía a los hombres como una llama a las mariposas nocturnas o la miel a las moscas. Era algo connatural en su persona, sin que ella necesitara hacerlo resaltar.

—Quién sabe, a lo mejor nos paga la discoteca a todos esta noche. ¿Sabes si es su cumpleaños?

—Pues no lo sé; Paul no es mi tipo.

—Ya, tu tipo es Serge.

—Y el tuyo.

Marie sonrió con algo de picardía y malicia.

—Bueno, que sean ellos los que elijan, ¿no?

—André tampoco está mal.

—Es muy alto y delgado. Cuando baila, parece un cable con calambres.

—Sí, pero no está mal y lleva una buena moto.

—Algún día nos partiremos la cabeza.

—Empiezas a hablar como una burguesita, Joana.

—¿Tú crees que a Paul le gusta Dominique?

—No sé, pero la otra noche se dieron el lote.

—Es que Paul es un cerdo.

—¿Por qué?

—Si puede, te mete mano en seguida.

—En ese caso, todos los hombres son cerdos y no puede reprochárseles.

—¿Cómo que no?

—Todos quieren hacer lo mismo; la diferencia para que sea un cerdo o no es que nos guste o nos disguste.

—¿Tú te dejas meter mano?

—Si en vez de palparte Paul, lo hace Serge o André, ¿qué dirás?

—Está bien, está bien, tú pareces saberlo todo...

—Vamos, Joana, esta noche pareces de mal humor.

—La verdad es que tienes razón, y no sé por qué. Mira, allá está Dominique.

—Sí, está sola y hay dos motos.

—¿De quién serán?

—No lo sé, a esta distancia...

Se aproximaron a la farola que iluminaba la acera y parte de la calzada.

Dominique, alta, morena, vistiendo chaqueta de cuero, pantalones largos tejanos y con el cabello suelto con una cinta alrededor de su frente, fumaba recostada contra la farola.

Junto a ella se hallaban detenidas dos motocicletas, apoyadas en sus respectivos caballetes.

—Creí que no ibais a llegar nunca —se quejó Dominique con indolencia. Sus ojos tenían una mirada muy especial.

Marie le preguntó:

—¿Fumando «hierba»?

—Déjame en paz.

—Algún día no tendrás bastante con la «hierba» y buscarás el picotazo y entonces no vas a encontrar quien te salve.

—Anda ya, si tú no fumas porros es porque el día que lo probaste te sentó como una patada en el hígado —replicó Dominique.

Joana trató de suavizar !a pequeña discusión preguntando:

—¿Y los chicos?

—André y Serge se han ido a no sé dónde. Han dejado aquí sus motos y han dicho que vendrán en seguida.

—¿Paul no ha llegado todavía?

—¿No ves que no está su moto? —le observó Dominique, sin separarse de la farola.

Marie se sentó sobre una de las poderosas motocicletas.

—¿Cuál es la sorpresa que nos tiene preparada Paul? —insistió Joana, que parecía muy intrigada.

—No lo sé. A lo mejor es que ha descubierto una discoteca nueva, con más ambiente. La última noche me aburrí un poco.

—Estabas dormida —le reprochó Marie—. Te dio el bajón y te desinflaste. Por poco te tenemos que llevar en camilla a la cama.

Un claxonazo, seguido de un barrido de faros con la luz de cruce puesta, las sobresaltó.

—¿Qué hace ese bestia? —exclamó Joana dando un salto.

Dominique se protegió tras la farola; el automóvil, con sus faros cegadores, se les echaba encima. Un frenazo impresionante las dejó en suspenso y después, varios claxonazos seguidos.

—¡Está loco! —exclamó Marie.

—Hay que llamar a un guardia —propuso Dominique.

Se abrió una de las portezuelas del coche que las cegaba con sus faros y apareció alguien a quien conocían bien.

—¡Hola, chicas! ¿Qué os parece mi «carro»?

—¡Paul! —exclamaron casi al unísono.

—Es un coche que no está mal, ¿eh? —preguntó, seguro de la respuesta que iba a obtener.

—Sí, es un coche que no está mal y parece amplio —opinó Joana, acercándose.

—¿Es nuevo? —preguntó Dominique, arrojando la colilla del cigarrillo de hierba que había estado fumando.

—Claro que es nuevo.

—¿Cómo lo has pagado? —Se sorprendió Marie—. Tú no ganas suficiente «pasta» para pagarlo.

—Bah, hago lo que puedo.

—Es de tu padre —dijo Dominique, despreciativa.

—Pero puedo utilizarlo yo siempre que quiera. Terminará por ser mío y sólo mío.

—¿Y la moto? —preguntó Joana.

—La he dejado para cuando quiera jugar a hacer pandilla; en el coche se va más cómodo.

—Y farda más —comentó Marie.

—¡Felicidades! —gritaron de pronto André y Serge, apareciendo.

Ambos llevaban sendos cubos pequeños de plástico y antes de que nadie pudiera impedirlo, arrojaron su contenido sobre el coche nuevo y flamante.

Paul se puso pálido al oír el ruido de aquella especie de barrillo que le tiraron sobre el auto, ya no se podía evitar. La carrocería, de un bello color azul metalizado, quedó manchada de color marrón, incluido el cristal parabrisas.

—¡Hijos de puta! —masculló por lo bajo.

—Hombre, no te molestes, sólo lo hemos bautizado... —rezongó André, conteniendo la risa.

—¿Le estabais esperando? —inquirió Marie.

—Sí, sabíamos que iba a venir con un coche flamante.

—Está bien, ya me habéis hecho la marranada. Es una jugada que algún día os devolveré.

—¿Lo habéis oído, chicas? Paul es muy vengativo.

—Creo que os habéis pasado —opinó Joana.

—Está bien, a limpiar el cristal. Luego nos vamos todos en mi coche.

—¿Y las motos? —preguntó André.

—Las dejáis aquí, ya volveremos luego. Un día que podéis ir en coche bueno, aprovechad. Chicas, a limpiar el cristal parabrisas; de lo contrario nos vamos a dar el tortazo.

Paul abrió el maletero y sacó unos trapos, que repartió; pero el agua embarrada no se limpiaba con facilidad.

—A esto le hace falta un manguerazo —se rió André.

—Esperad, daré un poco a los chorritos —dijo Paul.

—¿Qué chorritos? —interrogó Joana.

—Los del limpiaparabrisas, es agua con detergente. Menuda mierda de coche me habéis dejado... —bufó—. Si mi padre lo ve, no me lo presta más.

Brotaron los chorritos de agua con detergente que ayudó a limpiar el cristal parabrisas. Los faros encendidos iluminaban la escena al rebotar su luz contra la fachada del edificio que tenían delante, a escasa distancia.

Subieron al confortable automóvil y Paul dijo:

—Dos chicas delante, el asiento es amplio.

Joana y Dominique se acomodaron delante y Marie lo hizo entre Serge y el alto y delgadísimo André.

—Esta noche nos vamos a divertir, Paul paga todo, discoteca, cubatas, lo que se presente. ¿Verdad, Paul?

—¡Al cuerno! —gritó Paul, maniobrando el automóvil casi con imprudencia temeraria, haciendo chirriar las ruedas en un giro brusco a excesiva velocidad.

—¿Cuánto puedes alcanzar con este carro? —preguntó Dominique, controlando un bostezo. Los ojos se le adormilaban a causa de la marihuana que había fumado.

—En carretera, casi los doscientos y en ciudad, la que me deja la policía, no puedo pasarme. Este coche es tan nuevo que ningún agente le ha tomado aún la matrícula. —De pronto, exclamó—: ¡Eh, ahí hay un túnel de lavado!

—¿Dónde? —inquirió Dominique.

Antes de dar ninguna explicación, Paul cruzó la calle, realizando una maniobra prohibida, que les hizo bascular a todos. Se subió a la acera para introducirse en el túnel de lavado.

—No sabía que hubiera este túnel de lavado aquí —observó Serge.

—¿Y cómo ibas a saberlo, si tú no tienes coche? —gruñó Paul.

—Oye, no hay nadie —le indicó Joana.

—Bah, está abierto y es del tipo automático; se paga a la salida.

Dominique aventuró:

—¿Y si no funciona este trasto?

—No seas gafe, mujer —le replicó Paul.

Por su parte, André, riéndose, dijo:

—El que quiera lavarse la cara, que abra la ventanilla de su lado.

—Oye, no fastidies. Si abrís una ventanilla, entrará agua y esto se va a poner más feo que una bañera sucia.

Todo comenzó a vibrar. Chorros de agua batieron el automóvil desde todos los ángulos y luego pasó entre unos cepillos cilíndricos y pequeños que lo llenaron todo de espuma. Los jóvenes no vieron nada, todo era oscuridad y espuma en torno suyo.

Volvieron a sufrir una violenta lluvia de agua.

La espuma del detergente se fue disolviendo, desapareciendo. Unos gigantescos rodillos-cepillo frotaron el coche con una presión tal que casi la sentían los de! interior del vehículo, mientras éste avanzaba accionado por el suelo móvil que le marcaba una determinada velocidad.

Al fin, aire caliente, casi un vendaval.

—Oye, este servicio está muy bien —comentó Joana.

—Sí, todos no tienen esto del aire caliente. Ahora os debería hacer pagar lo que cueste este lavado por vuestra maldita broma.

—Hombre, si te pones así, te lo pagamos —replicó Serge.

El coche se introdujo por otra especie de túnel con unas puertas automáticas que se abrieron al llegar el vehículo.

Pasaron al otro lado donde reinaba la oscuridad y el auto quedó ya frente del túnel de lavado.

—¡Eh, parece que no hay nadie aquí! —exclamó André.

—Qué bien, nos largamos sin pagar —manifestó Paul, dándole a la llave de contacto.

—Esta no es la calle de antes —dijo Joana.

—Habremos salido a un callejón —le replicó Paul, suficiente.

Viendo la posibilidad de alejarse sin pagar el lavado, pisó fuerte el acelerador, rodando entre la alameda que todos contemplaron un poco perplejos.

Serge le preguntó:

—¿Ya sabes por dónde vas?

—Pues claro. Esta alameda debe hallarse junto al río, saldremos a un puente. Giró a la derecha y regresamos. Veréis como pasamos de nuevo por la entrada principal del túnel de lavado.

De súbito, el motor hizo unos ruidos extraños y comenzó a perder fuerza. Paul pisó el acelerador, pero el coche se fue deteniendo hasta quedarse quieto.

—¿Qué pasa? —inquirió Dominique, bostezando.

Paul miró en derredor suyo como si se le hubiera perdido algo y masculló:

—Esto no va.

—¿Habrá entrado agua en el motor? —preguntó Marie.

—Eso no le habría afectado —continuó gruñendo Paul.

Desde el asiento posterior, Serge sugirió:

—¿Ya tienes gasolina en el depósito?

—¿Cómo no voy a tener gasolina? —contestó, molesto.

Marie se subió por encima del hombro de Paul y observó los cuadros luminosos del salpicadero.

—¿Cuál es el indicador del carburante? —inquirió.

—¿Te quieres hacer la lista? Pues es éste, éste... —Paul señaló una especie de relojito.

—Pues marca cero, te has chupado hasta la reserva.

Paul palideció. Sus compañeros permanecieron unos instantes en silencio y luego se aunaron en risotadas que a Paul le sentaron como penetrantes alfilerazos.

—Está bien, está bien, es el primer día que conduzco este cacharro. Creí que tenía más gasolina.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Dominique.

—Buscaremos una gasolinera —dijo Paul.

—Yo me quedo aquí hasta que regreséis —rezongó Dominique.

—Si pasara otro coche por a aquí, le pediríamos un poco de gasolina.

Marie, enarcando las cejas, preguntó:

—¿Cómo?

—Pues chupando con una goma —respondió Paul.
—¿Y ya tienes esa goma? —insistió Marie.
—¡Diablos con la chica!
Paul saltó del coche y, de pronto, se estremeció.
—¿Qué te pasa? —le preguntó Joana.
—¡Hace un frío terrible!
—Antes no hacía tanto frío —comentó Marie.
Saltaron todos fuera del coche a excepción de Dominique que estiró sus largas piernas embutidas en el pantalón tejano.
—Es verdad, hace mucho frío —corroboró Joana, hundiendo las manos en los bolsillos de su gabán beige.
—Fijaos, el vaho se hiela en el aire —exclamó Paul.
—Hay una humedad terrible —aceptó André. Miró a su alrededor y, perplejo, observó—: No veo ninguna casa.
—Veremos si en el maletero hay algún bidoncito para casos, de emergencia.
Paul abrió el portaequipajes. Serge, a su lado, dijo en voz baja:
—No hay más que una caja de herramientas y una rueda de repuesto. ¿Qué hacemos ahora, Paul?
—No sé, pero no voy a llamar a la grúa sólo porque me falte gasolina.
—Yo me largo a pie a buscar mi moto —dijo André.
—Eh, no vais a dejarme ahora en la estacada, ¿verdad? —protestó Paul.
—Qué raro es este lugar —musitó Marie—. No lo había visto nunca y huele distinto...
Todos olfatearon sonoramente y Joana dijo:
—Huele como a podrido.
—Es que está todo muy húmedo aquí y si cae algo, se pudre —dijo Serge.
—Bien, ¿qué hacemos? —preguntó Joana.
—Sólo que encontremos gasolina, pondremos de nuevo el coche en marcha hasta la próxima gasolinera y nos largaremos de este sitio tan feo.
Marie propuso:
—¿Y si preguntáramos en el túnel de lavado?
—Está ya un poco lejos. Además, nos hemos ido sin pagar —gruñó Paul.
—Volvamos atrás —sugirió Serge—, Por lo menos encontraremos las motos y con una de ellas podemos ir a buscar gasolina. ¿Qué te parece, André?
—Bien. En una gasolinera compraremos un bidoncito de plástico y que lo llenen de gasolina.
—Yo voy con ellos —decidió Marie.
—Yo también —dijo Joana.
Paul, que no se fiaba demasiado de que sus amigos regresaran con la gasolina, gruñó:
—Os acompaño.
—Todos no cabremos en las motos —advirtió André.

—No están lejos y Dominique ya se queda en el coche para cuidarlo.

—¿En un lugar tan solitario como éste? —Inquirió Serge—. Pueden darle un susto.

Dominique insistió en quedarse, tenia sueño y fatiga. El grupo echó a andar con intención de regresar al túnel de lavado, pero el camino comenzó a hacerse largo e incómodo. Se terminaron los álamos y luego aparecieron otros árboles a ambos lados.

—¿Seguro que hemos pasado por aquí? —interrogó Marie.

Una luna fría, en algo más que cuarto creciente, iluminaba débilmente el camino. Faltaba poco para la luna llena y una vez acostumbrados los ojos a la noche, no eran necesarias las linternas.

—El suelo es de tierra, qué raro —admitió Paul.

—¿Alguien lleva una linterna? —preguntó Serge. Nadie respondió—. Pues, cerillas o un encendedor; ya sabéis que yo no fumo.

Paul inquirió:

—¿Para qué quieres las cerillas?

—Para mirar el suelo, yo también tengo la impresión de que antes no hemos pasado por aquí.

—¿Y qué esperas encontrar en el suelo, la gasolina que le falta al coche? —rezongó Paul.

—Si encontramos gasolina, cavaremos un pozo y antes de que termine el año nadaremos en petrodólares —ironizó André.

Serge contestó:

—Busco las rodadas de tu coche.

—¿Las rodadas de mi coche? —Se asombró Paul—, Habrá tantas que no será fácil distinguirlas.

—Las ruedas de tu coche son nuevas y eso, se nota en un suelo de tierra, idiota.

—Está bien, está bien, parece que esta noche yo sea aquí el único idiota. Creí que os hacía un favor llevándoos en mi coche nuevo...

—No nos hacías un favor —le puntualizó Marie—, lo que querías era humillarnos un poquito con tu «carro».

Paul no replicó. Encendieron una cerilla y buscaron por el suelo.

—No veo nada.

—Yo tampoco —masculló André.

Joana indicó:

—Ahí hay huellas de rodadas...

Todos miraron hacia donde la muchacha señalaba. Serge puntualizó:

—Es rodada de carro, lisa, estrecha y profunda.

—¿Por qué no de moto?

—Son distintas. Además, fijaos que también hay huellas de herraduras.

—Qué raro, no sabía que por aquí pudieran pasar carros —gruñó Paul.

—¿Y por qué dices por aquí, acaso sabes dónde estamos? —le preguntó Marie.

De pronto, todos tuvieron la desagradable sensación de haberse perdido en un lugar desconocido, un lugar en el que había algo incomprensible; que sus mente lógicas no alcanzaban a comprender.

Serge, el más equilibrado del grupo, tan alto como André pero mucho más proporcionado y luciendo una recortada barba, dijo entonces:

—Esto parece una broma pesada. Nos hemos perdido y es absurdo, estábamos en medio de la ciudad y ahora nos da la impresión de hallarnos en un lugar desolado, sin señales de vida. No hay luces a la vista, lo que resulta extrañísimo. Es como si nos hubiéramos dormido y estuviéramos inmersos en una pesadilla colectiva.

—¿Qué hablas de pesadilla? —Le cortó Paul—. Estamos en la calle, en algún lugar desconocido, eso sí, pero...

—Será mejor que cierres la boca, Paul. Aquí hace más frío del que debiera. No hemos recorrido mucho trecho en tu coche para habernos alejado lanío. ¿Qué es lo que pasa?

—Yo quiero irme de aquí. No me gustan según qué tipo de bromas —protesto Joana.

—No temáis, no os hemos traído para abusar de vosotras —dijo Paul, despectivo.

—Pues volvamos al coche, Tengo frío, demasiado frío, yo no lo soporto bien. Si no vemos una casa y pronto, creo que me pondré a chillar.

—Será mejor que caminemos —opinó Serge.

Marie, muy fría y serena pese a lo absurdo de la situación en que se encontraban, inquirió:

—¿En qué dirección?

—¿Por qué no regresamos al coche? —propuso André.

—¿Sin gasolina? —replicó Paul.

—¿Y crees que por este camino de tierra por el que pasan carros, cuando yo ya creía que no existían, vamos a encontrar una gasolinera?

—Podemos volver al coche, que no deja de ser un refugio, y dentro de él esperaremos a que se haga de día. Con la luz del sol, las cosas se verán de distinta forma.

Joana protestó:

—No me gusta pasar toda la noche dentro de un coche.

Serge miró su reloj de cristales líquidos.

—Todavía no son las once —dijo—, son muchas horas.

—Bueno, creo que ya hemos discutido bastante —atajó

Paul—. Yo me vuelvo al coche; si esto es un laberinto, no quiero alejarme demasiado del carro.

Dio la vuelta, iniciando el camino de regreso. Joana vaciló, pero al fin optó por ir tras él hasta ponerse a su altura. Los demás, les siguieron.

Nadie acertaba a dar una explicación a lo que sucedía, era una situación extraña que no llegaban a comprender.

Paul se detuvo de golpe y Joana, a su lado, también lo hizo. Ambos

miraron a su derecha. Allí, junto al camino, se levantaba una horca. No cabía duda alguna, aquello era un patíbulo y del extremo horizontal del grueso madero pendía una soga y de ésta, una figura humana.

—No es posible, esto es un muñeco —barbotó Paul, acercándose y moviéndole los pies.

La figura giró en el aire y Joana, al verle el rostro, un rostro corrompido al que faltaban los ojos, posiblemente devorados por algún carroñero, chilló, chilló hasta convulsionarse. Serge la cogió entre sus brazos.

—Dios mío, es un ahorcado —exclamó Marie por lo bajo mientras una oleada de frío intenso semejaba brotar de la tierra, por debajo de sus pies, haciéndola estremecer.

CAPITULO II

—Este cadáver no es reciente —observó Serge, que tenía ya gran parte de sus estudios de medicina terminados.

—Eso está claro —replicó Paul—. Está corrompido y si queda ahí por mucho tiempo sin que lo bajen, caerá solo.

—¿Y no os da que pensar? —preguntó Serge.

—Es muy raro que estando ahí mucho tiempo no lo hayan descubierto —dijo Marie.

—Exacto —aceptó Serge—. No sé qué ocurre, por qué hemos llegado aquí ni siquiera dónde estamos, pero es obvio que no estamos en la ciudad. Un cadáver así haría tiempo que habría sido descubierto.

—Quizá esto sea un camino particular de poco acceso —dijo André, poco convencido de sus propias palabras.

—¡Vamos! —pidió Joana que no resistía aquella desagradable visión.

—Cuando veamos a un agente de policía, denunciaremos el hecho. No se puede tolerar que haya un cadáver colgado ahí.

Serge tuvo un presentimiento, pero era tan difícil de exponer, tan increíble, que prefirió guardarlo para sí.

—Caminemos, hemos de llegar a alguna parte.

—A mi coche —dijo Paul.

—No sé por qué, pero tengo la impresión de que estamos metidos en una especie de laberinto y tu coche no aparece.

—¿Cómo que no aparece? Sin gasolina y con Dominique dentro, nadie puede robarlo, nadie —exclamó Paul, muy molesto.

Comenzaba a temer en serio que no volvería a encontrar el coche, un flamante automóvil que había prestado a su padre. Si regresaba sin él, nadie evitaría la bronca y era posible que no volviese a tocar un coche hasta que pudiera comprárselo por sí mismo.

No llevaban mucho trecho recorrido cuando se dibujaron unas sombras frente a ellos, unas sombras más oscuras que la propia noche.

—Hemos llegado a alguna parte —dijo Marie.

—Pero ¿dónde estamos? —inquirió Joana, que no salía de su desconcierto.

—Yo pensaba que no habíamos salido de la ciudad...

—Eh, mirad, ahí, a la derecha... Es un río grande —señaló Serge.

Paul preguntó:

—¿El Sena?

—¿Cuál, si no? —replicó André.

—Aquello, por su mole, parece un monasterio —indicó Serge.

—No se ve bien. Si no fuera por el brillo del agua...

—Mañana lo veremos mejor.

Aquel camino de tierra húmeda se adentraba en la población, como una carretera que la atravesara, dividiéndola en dos.

—Qué raro, no hay luces ni coches —observó Paul—. Ni que estuviéramos todos drogados...

—Esto lo solucionamos ahora mismo —anunció Serge, dirigiéndose a una de las puertas de madera. Tomó el aldabón entre sus dedos y golpeó con fuerza tres veces.

Aguardaron. Al fin, se escuchó una voz lejana que inquiría:

—¿Quién va?

—Nosotros —exclamó Paul—. ¡Nosotros!

—¿Crees que abrirán? —preguntó Joana, estremeciéndose una vez más en aquella aciaga noche.

Serge se encogió de hombros.

—No nos conocen —contestó.

—Por lo menos, que nos informen —dijo Marie con un suspiro.

—Preguntaremos si han visto mi coche y también por qué no hay coches aquí. ¿Estará prohibido aparcar?

Escucharon ruidos detrás de la recia puerta, era evidente que estaban quitando los seguros. Al fin, la hoja cedió y un hombre de rostro cetrino asomó con un candil en !a mano.

—¿Quiénes sois, por ventura?

—Nos hemos perdido —explicó André.

El hombre, vestido con extrañas ropas, les miró atentamente. Antes de que pudieran añadir algo más, escupió al suelo en dirección al grupo que tenía delante.

—¡Fuera, fuera, hijos del demonio, fuera! ¡Vuestro lugar es el convento, fuera, marchaos con Satanás!

Cerró de un portazo y, entonces, se percataron de que había una cruz en el dintel de la puerta.

—Ese tipo se ha vuelto loco —rezongó Paul.

Serge inquirió:

—¿Os habéis fijado en sus ropas?

—Sí, parecía que iba de carnaval —opinó André.

—Preguntaremos en otra casa, yo tengo que encontrar mi coche.

Quedaron ante varias puertas hasta que escogieron una que se hallaba bajo un amplio porche. El frío se acentuaba.

Serge fue quien de nuevo dio los aldabonazos que pudieron oírse muy sonoramente en la noche.

Tardaron mucho en acercarse a la puerta. Al fin, se abrió la mirilla enrejada y una voz quejumbrosa preguntó:

—¿Quién va?

—Gente de bien, buena mujer. Nos hemos perdido y no sabemos dónde estamos —explicó Serge.

—Pero ¿quiénes sois? —insistió la voz desde el otro lado de la madera.

—Gente de bien, ya se lo he dicho.

—He perdido mi coche, se ha quedado sin gasolina —dijo Paul.

—¿Sin qué?
—Sin gasolina.
—¿Le pasa algo a los caballos?
—¿Qué caballos?
—Los del coche.
—Mi coche tiene veinte caballos.
—¿Veinte? —La voz de la mujer denotaba sorpresa.
—Sí, no lo parece pero su motor es muy bueno.
—¿Qué jerga habláis que no os entiendo?
—¿Por qué no abre la puerta, buena mujer?
—No abro la puerta porque Satanás anda suelto por las noches. Marchaos, marchaos de aquí, seguid con Dios.
La mujer cerró la mirilla.
—¿Vosotros entendéis algo? —preguntó Paul, encarándose con sus compañeros.
André dijo:
—Sí, que esta gente es muy recelosa y le teme al diablo. La verdad, creí que eso eran cosas del pasado.
—No creas, hace poco leí en una revista que existen miles de sectas satánicas sólo en París.
—¿Miles? —repitió André, incrédulo.
—Es lo que leí en una revista. Decía que se vendían la sangre para esas sectas satánicas y no sé cuántas porquerías más. No las explico porque...
—Me temo que vamos a tener que pasar la noche en la calle —se lamentó Marie, en tono de impotencia y resignación.
—Voy a llamar a todas las puertas hasta, que en alguna nos den una explicación.
De pronto, comenzó a sonar una campana. La tenía en algún lugar que ellos no podían ver.
—Parece que doblan a muertos —observó Marie.
Casi inmediatamente se escucharon muchas otras campanadas, campanadas y campanadas; todas eran distintas, pero se aunaban a la mayor.
—¿Qué significa esto? —preguntó Paul.
—A mí me da la impresión de que la campana grande ha dado como la voz de alarma y las demás responden y se aúnan. Me parece que nos consideran personas non gratas, aunque llamemos a las puertas nadie nos abrirá.
—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Joana.
—Sí, nos han tomado como seres extraños. No hemos caído precisamente simpáticos.
—Pues vámonos de aquí —gruñó Paul.
—¿Adónde? —preguntó Serge.
—Mi coche...
—¡Ya está bien con tu coche, tu coche es el culpable de que estemos aquí! De acuerdo que tenías el coche hecho una lástima, pero ¿por qué has salido

mal del túnel de lavado, adónde has querido llevarnos, qué clase de broma es ésta?

—Tranquila, Joana, tranquila —pidió Serge mientras el pueblo continuaba envuelto por el tañido de las múltiples campanas.

—Pues esperarse aquí hasta que salga el día va a ser un rollo —gruñó André—. Hace mucho frío y, la verdad, no he cenado nada. Esperaba comer un sándwich y tampoco he bebido nada, estoy destemplado. Lo mejor para que se me pase sería beber un trago de algo con alcohol o abrazarme fuerte a una de las chicas.

—Soy de la misma opinión que Serge, esas campanas ya me están poniendo nerviosa, es como si trataran de expulsarnos de este lugar —dijo Marie.

—Es un sitio muy raro. No veo luces, no hay coches. Si por lo menos encontrara una grúa, le pediría que remolcara mi coche hasta la gasolinera más próxima.

—Me temo que por aquí no vas a encontrar una grúa ni una gasolinera —le puntualizó Serge.

—¿Por qué?

Ante la pregunta directa de Paul, respondió:

—Es sólo una intuición, no tengo pruebas. Ya veremos qué es lo que sucede.

—Bien, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Marie con las manos hundidas en los bolsillos de su gabán.

—¿Y si vamos al monasterio? —propuso André.

Joana, nerviosa, les recordó:

—Han dicho que en el monasterio, convento o lo que sea, está Satanás.

Paul se echó a reír. Al ver que nadie coreaba su risa, se fue enfriando su carcajada hasta dejar de oírse.

—¿Es que tú crees en el diablo?

—No, no creo, pero no me gusta nada esta situación. Quiero irme de aquí, quiero irme... ¿Me habéis oído?

—¡Si te pones histérica, vete! —gritó Paul para hacer oír su voz por encima de las campanadas.

—Creo que estas campanadas no cesarán hasta que nos vayamos —dijo Serge, echando a andar.

Rápidamente, Marie se puso a su altura y los demás les siguieron, ahora en silencio.

El pueblo no era tan pequeño como podía parecer al principio, pero seguía igual, no había luz eléctrica ni coches, sólo vieron algunos carros de caballerías sin los animales.

Caminar por las angostas calles del pueblo, de calzadas empedradas en gran parte, se hacía difícil, ya que la luz de la luna no les iluminaba con la misma amplitud.

—Eh, mirad, de ahí sale el sonido de la campana grande.

—Parece la iglesia —observó Marie.

Serge, juzgándola por las líneas oscuras que se recortaban en la noche, dijo:

—Parece que está en ruinas.

—Vamos, por la derecha hay bajada —indicó Paul.

—Eh, esperad... Si encontramos al que toca la campana, quizá nos aclare algo —propuso Serge.

Se dirigieron a la iglesia. No era fácil avanzar, había cascotes por todas partes, piedras caídas, grandes bloques que sin duda alguna poseerían siglos de historia.

De pronto, la campana grande, que parecía arrastrar a todas las demás, enmudeció.

—¡Allí, allí va la sombra, cojámoslo! —gritó Serge.

Paul, André y Serge se separaron para establecer un cerco en torno a la sombra que huía. Marie y Joana también corrieron tras ellos.

La sombra aparecía y desaparecía, pero los tres jóvenes consiguieron cercarla. La sombra fugitiva se encaramó en lo alto de un muro medio derruido.

—¡Ya lo tengo! —gritó Paul.

La sombra trató de impedir que le atenazaran el pie y resbaló.

—¡Ah!

Todos corrieron, acercándose al caído.

André exclamó:

—¡Ya lo tenemos!

Se inclinaron sobre la figura. El hombre, de espalda deforme, había quedado con los ojos abiertos.

—Cuidado, no lo toquéis, creo que está muerto.

Joana y Marie ahogaron sendos gritos de angustia.

—Yo, yo no lo he matado... —balbució Paul, retrocediendo asustado.

—Ha sido un accidente —sentenció más que dijo Serge—. Lo malo es que vamos a tener que explicarlo y hará falta que el juez nos crea.

—No toquemos nada —propuso André.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Paul, visiblemente nervioso.

André había encendido su mechero de gas para ¡examinar de cerca al desgraciado, que en la mala caída se había partido la nuca al golpearse contra una piedra.

—¿Os habéis fijado en las ropas que lleva? —preguntó Marie.

Todos miraron las ropas y quedaron perplejos.

—Parece que haya salido del vestuario de un teatro o de un museo —opinó Joana.

André apagó la llama de su encendedor mientras Serge estimaba:

—No sé si es una broma o no, pero esta gente vive en el pasado.

—¿Qué es lo que pasa aquí? ¡No entiendo nada! —explotó Paul.

—Dejémoslo aquí, nadie nos va a abrir las puertas de su casa ahora;

veremos qué pasa mañana.

—¡Yo quiero encontrar a un policía! —voceó Joana.

—Sí, pero mañana, porque ahora no lo vamos a encontrar.

—¿Os habéis dado cuenta? —musitó Marie.

—¿De qué? —preguntó André.

—Ya no suena ninguna campana. Hay un silencio absoluto, un silencio que casi se puede mascar...

—Es cierto —admitieron. Y todos miraron en torno suyo, como esperando oír algún ruido.

—Vamos —propuso Serge.

—¿Adónde? —inquirió Joana.

—A ese convento, monasterio o lo que sea; buscaremos refugio allí. La madrugada será más fría aún.

—Sí, vamos —aceptó Joana que ansiaba alejarse el máximo posible de aquel cadáver que la repelía y le infundía miedo.

Había visto aquellos ojos cargados de horror y no comprendía que ellos se lo hubieran causado a aquel desgraciado que terminó muriendo al golpearse contra una piedra.

De la calle ancha, que podía ser una torrentera en días de tormenta y que terminaba en las aguas del río, se desviaron hacia su derecha y no tardó en aparecer ante ellos el muro del convento. Contra su sorpresa, la puerta estaba abierta.

—¿Estará abandonado? —preguntó André.

Nadie respondió. Con recelo, se internaron en el convento pasando primero el muro y cruzando lo que debía haber sido un gran patio. Ante ellos se abrió la enorme puerta de la edificación.

—Oye, esto impone —gruñó André—. Si por lo menos tuviéramos una linterna...

—El coche es tan nuevo que no hemos tenido tiempo de meter una linterna en la guantera —se excusó Paul.

—¿De verdad estará Satanás aquí dentro? —musitó Joana.

Marie indicó:

—Creo que sobre el dintel hay unas letras pero no las puedo leer, hay tan poca luz —observó Marie.

—Tendremos que esperar a que se haga de día —observó Serge.

Fue el primero en cruzar la puerta del convento, sólido, oscuro y tenebroso.

Parecía que allí dentro no habitara nadie, que estuviera abandonando pese al buen estado de sus paredes, techos, ventanas y puertas. No era un edificio en ruinas.

—Da miedo entrar aquí —observó Marie—. Parece que hace más frío que afuera.

Paul se quejó:

—Pues si nos vamos a guarecer del frío metiéndonos en una heladera, estamos aviados.

Habían pasado por una especie de vestíbulo, una salita, un corredor y llegaron a una sala amplia. Iban encendiendo el mechero y fósforos, pues allí dentro no tenían la claridad que les brindaba la luna.

—¡Una luz, allá al fondo hay una luz! —indicó Marie, señalando con su mano pese a que los demás no la veían.

—Sí, ya la vemos —asintió Serge.

—Eh, ¿quién está ahí? —inquirió Paul, creciéndose pero sin adelantarse físicamente a sus compañeros.

—Vamos hacia allí. Si hay alguien con luz, nos atenderá propuso Serge.

Todos fueron en pos de la luz que desapareció de golpe. Se introdujeron por un corredor, era largo y hacia el fondo divisaron una figura humana que llevaba consigo una luz, una luz que emanaba de un candelabro.

—¡Eh, espere, espere! —gritó Serge, iniciando una carrera tras ella. Todos le persiguieron.

Llegaron a una estancia amplia y rectangular. Al fondo colgaban cortinajes gruesos, olía a cera, quemada y el ambiente era más húmedo allí que en otras partes.

El candelabro estaba sobre la repisa pétrea de una ventana. Todos quedaron desconcertados y Marie opinó:

—Estará detrás de las cortinas.

—Manteneos donde estáis o será peor para vosotros —dijo una voz extraña, una voz que no recordaba a ninguna otra conocida. Era bronca y, al mismo tiempo, tenía unos tonos agudos. No era una voz que transmitiera tranquilidad, sino todo lo contrario.

—¿Quién es usted? —preguntó Serge.

—¿Qué importa un nombre? Vivo y guardo este lugar.

—Bueno, a ver si de una condenada vez aclaramos este asunto —gruñó Paul, envalentonado.

Se acercó a los cortinajes y quiso apartarlos bruscamente, pero los cortinajes se retiraron solos y ante ellos, en lo que parecía una prolongación de la estancia en que se hallaban, aparecieron dos catafalcos con sus respectivos féretros encima, rodeados por cuatro velones rojos cada uno de ellos.

Entre los dos ataúdes grandes y de aspecto pesado, de color negro, con asas también oscuras y sin cruz alguna sobre la tapa, mirándoles, había un ser alto vestido con una especie de sayal negro hasta los pies y una capa sobre los hombros.

Lo inaudito, lo escalofriante, es que su cabeza no era la de un ser humano, sino que pertenecía a un gato, un gato grande de pelaje hirsuto, áspero. No era otro felino como pudiera ser un león, un tigre o un guepardo, era un gato chato con ojos grandes y verdes, de iris cambiantes.

Su boca fina, de labios muy rojos, mostraba los afilados colmillos asomando nada más mover los labios. No era un rostro que inspirase tranquilidad, había malignidad en él. Cabía pensar que era muy capaz de

arremeter contra ellos si le acosaban.

—Quítate esa máscara, que podamos ver tu rostro —le exigió André.

—Sois forasteros, no entendéis nada. Habéis llegado aquí en busca de cobijo, pero se os acusará de buscar mi protección.

—¿Eres tú el diablo, acaso? —le preguntó Joana.

Aquel hombre-gato, pues sus manos, aunque oscuras, eran humanas, se rió en tono sarcástico.

—Si os dijera que sí, ¿lo creeríais?

—No, yo no creo en el diablo —le replicó Serge.

—¿Cómo puedes probar que eres el diablo? —preguntó Paul.

—Yo no tengo que probar ni dejar de probar nada.

—Pero, ¿es que vamos a hacerle caso? —se irritó Paul.

—Si no le crees, sácale la careta —le desafió Joana.

Paul se adelantó hasta el enigmático ser, erguido entre los dos sólidos ataúdes e iluminado por los velones. No se movió, no retrocedió.

Clavó sus ojos en Paul y éste vio como sus iris cambiaban. Cuando había levantado sus manos para tocarle el rostro, las manos le temblaban y retrocedió. Entonces notó que un sudor frió le empapaba la espalda.

—No me gusta esto... ¿Por qué no nos marchamos?

—Afuera habéis dejado un cadáver y os harán pagar por él. Cuando el pánico se apodere de vuestros espíritus, cuando no sepáis a quien recurrir, invocad mi nombre y hasta es posible que os ayude.

—¿Y cuál es tu nombre? —le preguntó Marie.

—Cuando llegue el momento, sabréis como llamarme.

Tras aquellas palabras, les dio la espalda. Se alejó por entre los ataúdes, apartó un denso cortinaje rojo que había al fondo y desapareció tras él.

—Sigámosle —propuso André.

Pasó entre los dos féretros y fue el primero en llegar al cortinaje rojo que, al parecer, ocultaba la puerta por la acababa de desaparecer aquel hombre-gato, el diablo según decía.

—¡Eh, esto es piedra! —exclamó.

Todos pudieron comprobar que lo que en algún tiempo pasado debió ser una puerta, ahora estaba tapiada por piedras de granito perfectamente encajadas entre sí, dando un total aspecto de solidez.

—¿Por dónde ha pasado? —se preguntó André, desconcertado.

—Es posible que haya un resorte que mueva toda la pared, lo hemos visto en infinidad de películas.

—Sí, hay que buscar el resorte —pidió Paul envalentonado de nuevo, como avergonzado de su comportamiento anterior.

No hallaron resorte alguno y la pared ofrecía demasiada resistencia como para pensar en derribarla.

—Nos la ha jugado —gruñó André.

—No puede ser el diablo, no puede ser...

—¿Y quién cree que sea el diablo? —preguntó Paul ahora burlón.

No parecía el mismo que había retrocedido ante la mirada del hombre gato.

—Pudiera tratarse de un tipo con galeantropía.

—¿Qué has dicho, Serge? —preguntó Joana, enarcando sus cejas cuidadosamente depiladas.

—Yo no sé qué deciros, pero juraría que es la encarnación del diablo —dijo Marie.

—No digas tonterías, eso no puede ser —le refutó Paul.

—¿Qué es lo que no puede ser? ¿Alguien sabe decir claramente donde estamos, qué nos ha sucedido? Es como si hubiéramos cambiado de época. ¿No os habéis dado cuenta de que no conocen la electricidad, que no saben lo que es un automóvil y de que visten de forma muy diferente a nosotros?

—¿Que hemos cambiado de época? ¿Como en el túnel del tiempo? —Paul se echó a reír estentóreamente.

—Sí, ya sé que parece un telefilme made in coca-cola, pero estamos viviendo una realidad, a menos que sea yo la que me haya dormido en alguna parte, todo sea una pesadilla mía y nosotros forméis parte de ese mal sueño.

—¿Pesadilla tuya, y mía qué? —preguntó Joana.

Marie prosiguió:

—¿Cómo podríamos saber si ciertamente estamos en una pesadilla?

—Como dijo el filósofo chino, «soñé que era mariposa y ahora no estoy seguro de si soy una mariposa que sueña que es hombre o un hombre que sueña ser mariposa» —le dijo Serge.

—Es difícil a veces diferenciar un sueño de la realidad, porque hay pesadillas que tienen toda la fuerza y el color de una vivencia real.

—¡Estamos despiertos y bien despiertos y yo quiero mi coche!

—Pídeselo al diablo-gato. ¿Cómo has dicho que se llama eso, Serge?

—Galeantropía... Es una alienación mental en la que el enfermo se cree un gato, como la licantropía es la tendencia a creerse lobo.

—Licantropía es lo que le sucede al hombre-lobo, ¿no es cierto? —inquirió Joana.

Serge asintió.

—Sí.

—Eso lo hemos visto en muchas películas —masculló Paul.

Marie objetó:

—Esos sucesos son muy antiguos y entonces no se sabía nada del cine, el cine sólo ha hecho que reflejarlos. Estamos hablando de siglos atrás, de cuando el hermetismo y el oscurantismo eran los dueños del mundo, especialmente de Europa.

—Y tú que lo sabes todo, ¿en qué época crees que nos hallamos? —preguntó André.

—Yo diría que en el siglo XVII.

—¿Por qué?

—Muy sencillo. ¿Alguno de vosotros se ha molestado en leer la tapa de los ataúdes?

Todos se volvieron hacia los féretros, rodeados de velones que les brindaban su luz.

—Aquí dice «PICARD» —leyó Paul.

—Y aquí, «BOULLE».

Joana leyó la otra tapa.

—No es mi fuerte la brujería y cosas semejantes, pero estudio filosofía, ya lo sabéis, y Picard tuvo que ver con un convento que creo se llamaba Louviers —explicó Marie.

Joana preguntó:

—¿Y el otro, Boullé?

—Era su vicario o algo por el estilo. Ambos fueron muertos de mala manera. O no, creo que Picard fue desenterrado para ajusticiarle.

—Pero ¿qué dices? —Replicó Paul—. Si ya estaba muerto, ¿cómo iban a ajusticiarlo?

—Esas cosas se hacían. Era una forma de maldecirlo públicamente, de rechazar su cadáver.

—Pero ¿por qué? —insistió André.

—Creo que por seducir a unas monjas.

—¿Fue el lio de las ursulinas? —preguntó Joana.

—No, no fue el asunto de las ursulinas. Había especialmente una mujer de por medio en este asunto y gatos, pero ahora no recuerdo bien. Lo que sí os puedo decir es que era una época en que la caza de brujas era la diversión más asequible al pueblo. Cualquier desgracia podía atribuirse a los conjuros de una malvada bruja, sólo había que buscarla, aprehenderla, torturarla y después quemarla viva. De este modo, el maleficio quedaba conjurado.

—Yo no me creo nada de todo eso —gruñó André.

—Oye, no le eches más fantasía a la situación —protestó Paul—. Nos hemos perdido y hemos venido a dar con nuestros huesos a un pueblo arcaico, nada más.

Marie, desafiante, silabeó:

—¿De veras lo crees, Paul?

—Bueno, también puede ser una pesadilla. —Y se echó a reír.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Joana, cuando todavía rebotaban contra las paredes las forzadas carcajadas de Paul.

—¿Por qué no miramos si de verdad hay algo dentro de estos féretros? —sugirió André.

—Sí, ¿por qué no? —aceptó Serge.

Se enfrentaron con el pesado ataúd, que reposaba sobre un bloque macizo de granito más largo y ancho que el propio ataúd, que no podía decirse que fuera de tamaño reducido.

Intentaron abrir el féretro, que se resistió. Paul, tras los forcejeos de sus compañeros, observó:

—Y no tiene cerradura.

—Estará clavado con clavos —opinó Joana.

—Si tuviéramos una palanqueta, haríamos saltar la tapa —dijo André. Mirando a Paul, añadió—: Seguro que en tu coche llevas una palanqueta.

—Sí, la llevo; pero, como tú dices, está en el coche.

—¿Probamos con el otro? —propuso André.

—¡Basta! —protestó Joana, exaltada—. ¿Qué esperáis encontrar, unos restos humanos desagradables y repugnantes? Yo no quiero ver nada de eso, no quiero, me horroriza sólo pensarlo...

—Está bien, dejémoslo estar. De momento, aquí tenemos luz. Los velones son altos y gruesos, durarán sobradamente toda la noche. Calor no tenemos, pero hambre supongo que sí y no queda otro remedio que esperar a mañana.

—Yo no voy a pasarme la noche aquí, junto a esos ataúdes —advirtió Joana, tajante.

—Está bien, cojamos los velones y vamos a otra parte —propuso Serge, cogiendo dos por su cuenta y percatándose de que los altos candelabros eran sumamente pesados.

—Caramba, cómo pesan —se quejó Paul.

Se llevaron seis, dejando dos junto a los ataúdes.

Marie cogió por su cuenta el candelabro de tres velas y anduvieron por el interior del convento buscando una estancia más acogedora, hasta que hallaron el corredor de las celdas monacales. Pudieron abrir las puertas, aunque aquellas estancias no inspiraban tranquilidad alguna.

—Son catres de madera —dijo Paul.

—Es mejor eso que dormir en el suelo —opinó Marie. Depositó el candelabro sobre una tosca mesa y añadió—: Yo me instalo aquí hasta que se haga de día.

—Yo me quedo contigo.

—Vamos, Joana, no seas tonta, sólo hay una cama, métete en otra celda.

—No quiero estar sola —insistió.

—Bueno, nosotros nos vamos a las otras —dijo Serge—. Si aparece el hombre gato o el diablo, gritáis.

—¡No lo menciones! —casi chilló Joana. Mirando a Marie suplicó de nuevo—: Por favor, déjame estar contigo...

—A ver si podéis traer otro catre aquí —pidió a los muchachos.

Entre Serge y André trasladaron el catre de la otra celda.

No era muy agradable lo que les aguardaba. La noche era especialmente gélida y lo parecía más dentro de aquel siniestro convento.

Sentían hambre y sed, pero no había agua ni comida y el desconcierto más grande se había apoderado de ellos. Parecía que la única salida a su situación era que se hiciera de día.

Si era una pesadilla de alguno de ellos y los demás formaban parte de ese sueño como seres de ilusión, desaparecerían, pero si era una pesadilla, ¿quién de ellos era el que la sufría? Era todo tan extraño...

—¿Te has dado cuenta, Joana?

—¿De qué?

—En poco tiempo, nos hemos acostumbrado a lo más absurdo.

—Yo no me he acostumbrado, tengo ganas de huir y no sé en qué dirección. Pienso que si echara a correr sería peor.

—Sí, seguro que sí. ¿Qué hacemos en este sitio, qué mundo maligno y fantasmal nos rodea? ¿En qué lugar estamos? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí, y el coche de Paul?

—Son tantas preguntas y no tenemos respuesta para ninguna —se lamentó Joana.

—Parece una de esas historias raras que en ocasiones se oyen contar, seres que de pronto se han visto trasplantados a otro lugar, a otro tiempo, a otro espacio, incluso a otro planeta.

—Yo no he oído nunca historias de esas, pero sí me han contado historias de diablos y no quiero saber nada de ellas. La verdad, me gustaría estar con Dominique dentro del coche y no aquí.

—Dominique... ¿Qué hará Dominique sola dentro del coche? ¿Se habrá cansado de esperar?

—Estará fumando «hierba» y se creerá en el paraíso. Por lo menos, los asientos del coche son más cementos. Dormir sobre estas maderas, sin colchón, sin sábanas, sin mantas...

—Hola, ¿estáis solas?

La puerta se había abierto de pronto y tan silenciosamente, que cuando ambas miraron hacia el umbral y vieron a la joven que les hablaba, quedaron tan sorprendidas que por unos instantes fueron incapaces de decir nada.

—¡Dominique! —exclamaron al unísono.

—No soy Dominique, soy Magdalena —rectificó ella, sonriente.

Miau, miauuuu, miauuuu...

Maullidos en cantidad irrumpieron en la celda. Un buen número de gatos rodeaban a la supuesta Dominique que había dicho llamarse Magdalena.

Los gatos llevaban sus colas levantadas. Hubiérase dicho que estaban encelados y buscaban un placer sexual al frotar sus cuerpos peludos contra la mujer. Los felinos se subieron por el vestido de la chica hasta llegar al hombro y frotaban sus caras contra la de ella, hasta pareció que un gato se introducía por debajo de las faldas.

—¡Basta, basta!

Ella se echó a reír y dando media vuelta, se alejó, desapareciendo. Los gatos fueron tras ella.

—¡Dominique, Dominique! —gritó Marie, saliendo al corredor.

La oscuridad la hizo retroceder, tuvo verdadero miedo.

CAPITULO III

Marie miró su reloj fosforescente.

—Las ocho —se dijo.

Tenía jaqueca, no había dormido durante toda la larga y desesperante noche. Se sentía aterida y quebrantada. No recordaba haber pasado jamás una noche tan mala, tan desagradable.

En medio del silencio del convento abandonado, había oído mil ruidos distintos y en cada instante temió ver abrirse la puerta y aparecer aquel ser tan extraño como maligno que tenía cabeza de gato. Todo, todo tenía que haber sido una pesadilla...

La celda se hallaba a oscuras, ya que ella misma había apagado el velón en busca de un sueño reparador, un sueño que no había conseguido.

Pese a su aparente pánico, superior al de los demás, Joana se había dormido y aún dormía profundamente. Marie la oía respirar a su lado.

Marie se incorporó y tuvo la impresión de que sus huesos se habían soldado entre sí. El frío que la atenazaba era horrible.

Salió al corredor casi al mismo tiempo que Serge y Paul. Ellos llevaban unos velones.

—Hola, Marie, ¿cómo estás? —le preguntó Serge.

—Tiritando.

—Yo voy a utilizar una de las celdas como retrete, no me queda otro remedio —se excusó Paul, y desapareció tras otra puerta.

—¡Aaaah!

Con el velón en la mano, Paul regresó al corredor.

—¿Qué te pasa? —preguntó Serge, acercándosele.

—¡Es horrible!

—¿El qué?

—¡Lo que hay ahí dentro, son restos humanos!

Serge se adelantó con el velón. Sin cruzar el umbral de la celda, introdujo el velón y con él, la luz de la débil llama.

—Sí, despojos humanos en un catre y parecen jirones de un hábito. Quien quiera que fuese, murió ahí y se ha corrompido.

—Y nosotros también moriremos aquí si nos quedamos —se quejó Paul. André había aparecido también en el corredor.

—¡Marie, Marie! —comenzó a chillar Joana. Había despertado de súbito a causa del grito de terror lanzado por Paul.

—Tranquilízate, Joana, estoy aquí afuera.

Joana abandonó el catre de madera y corrió a reunirse con los demás.

—Esto es un cementerio, no un convento abandonado —se lamentó Paul, todavía pálido.

—Hay que admitir que este lugar no es muy recomendable —opinó Serge —, Salgamos de aquí, ahora debe estar saliendo el sol.

—Espera, Serge, espera...
—¿Qué, Marie?
—Dominique...
—Sí, eso, Dominique se quedó en mi coche, ella puede explicarlo todo —se apresuró a decir Paul. —Dominique apareció ayer en el umbral de la celda en que estábamos Joana y yo. ¿No es cierto, Joana?
—Sí. ¿No la oísteis?
Los tres jóvenes denegaron con la cabeza.
—Iba con muchos gatos y decía que no era Dominique.
André rezongó:
—¿No estarías soñando?
—¿Las dos? —replicó Marie.
—Sí, está por aquí, ella nos podrá decir dónde ha quedado el coche —insistió Paul.
—Será mejor que salgamos afuera y busquemos algo que beber y comer.
Joana añadió:
—Que sea caliente.
La tenue luz matinal entraba por las ventanas del convento. Les costó encontrar la sala grande por la que pasaban la noche anterior. André preguntó:
—¿Y si visitáramos la salita de los ataúdes? Ahora es de día.
—No, no voy —dijo Joana tajante.
—Mejor será que vayamos a buscar algo caliente —propuso Serge.
Encontraron la salida sin dificultad alguna. Ya en el exterior, pese a una niebla que de tan densa semejaba posarse sobre el suelo, dejando partes altas descubiertas, tuvieron la impresión de que hacía más frío dentro del convento que afuera.
—No se ve el río —observó Marie.
—Hay tanta niebla que no se ve nada —gruñó Paul.
—¿Habrán encontrado ya el cadáver de aquel pobre desgraciado? —se preguntó Joana.
—No lo sé, pero si vemos a alguna autoridad, bueno sería denunciar lo sucedido.
—Si no lo han descubierto, mejor será callar —protestó Paul que temía ser inculpado por aquella muerte.
Había más luz; sin embargo, el pueblo se veía tan desierto como la noche anterior.
—¿No oís ruido? —preguntó Serge.
Todos se detuvieron y, efectivamente, podía oírse un rumor de pisadas y sonidos metálicos. Entre la niebla espesa apareció un grupo de hombres bien armados.
—¡Alto en nombre del Rey! —exclamó el que iba al frente, un hombre con capa oscura y sombrero de ala ancha, con una pluma gris. Llevaba espada y una pistola muy antigua.
—¿Qué sucede? —preguntó Serge.

El grupo armado, compuesto por una docena de hombres, rodearon a los jóvenes que se vieron sorprendidos.

—Tranquilos —pidió Serge—. Tenemos hambre, hemos pasado mucho frío.

—¿Habéis pasado la noche en el convento de Louviers?

André respondió:

—Hemos pasado la noche en el convento, pero no sabemos cómo se llama.

—¡Quedáis presos y su ilustrísima el juez decidirá sobre vuestra suerte, extranjeros!

Rodeados por aquellos hombres armados de picas, espadas y pistolas, fueron conducidos entre las calles fantasmagóricas de aquella desconocida población hasta enfrentarse con un edificio de sólidas paredes pétreas.

—¡Encadenadlos! —ordenó el comandante de la ronda.

—A mí no me encadena nadie —gruñó Serge; mas, de inmediato, varias puntas afiladas de espada se dirigieron hacia su cuello.

—¡Cuidado, Serge, pueden matarte! —advirtió Marie.

Los encadenaron en dos grupos, los tres jóvenes entre sí y luego Marie y Joana que temblaba ostensiblemente, ya no sabía si de frío o de miedo.

—¿Qué significa esto, Marie? ¿Estamos locos?

—Abajo —les ordenaron, empujándoles hacia una escalera descendente que conducía a los sótanos de la edificación.

Pudieron oír lamentos, ayes, quejas. Había mazmorras a ambos lados de un húmedo corredor. Finalmente, arribaron a una sala iluminada por lámparas de aceite, una sala que a todas luces era de tortura, pues allí estaban los aparatos para desencajar miembros y otros implacables suplicios.

—¡Aaah!

Aquella expresión sonora de dolor, brotaba por la boca abierta de una mujer atenazada en el potro. Estaba medio desnuda, con la piel empapada de un sudor frío. Junto a ella, había tres hombres.

Uno de ellos era el verdugo, el segundo la interrogaba y un tercero, con sayal y capucha, sentado ante una mesa, escribía.

—Confiesa, confiesa tus iniquidades, tus pecados con Satanás...

La desgraciada no respondía y el interrogador hizo un gesto que el verdugo obedeció girando unos grados más la rueda del potro.

—¡Ag!

—¡Dominique, es Dominique! —gritó de pronto Marie, creyendo reconocer a la infeliz mujer.

El interrogador, cuya identidad desconocían, se volvió hacia Marie y le preguntó:

—¿La conoces?

—Sí, sí, es Dominique... ¡Suéltenla, bárbaros, locos, asesinos, suéltenla!

Entre dos miembros de la guardia sujetaron a Marie que se había violentado. Serge intentó ayudarla, pero una pistola se apoyó en su oreja.

—Si no te estás quieto, te vuelo la cabeza.

—Tranquilizaos, esa mujer no es... ¿Cómo decís que se llama?

—Dominique.

—No es Dominique, sino la reencarnación de Magdalena Bavan.

—¿Magdalena Bavan, quién es Magdalena Bavan? —preguntó Marie.

—No es, ya murió. Fue la tornera del convento de Louviers. Fue seducida por Maturino Picard y cuando éste murió, por el vicario Boullé. Quedó encinta del diablo y confesadas sus culpas, fue condenada a vivir encerrada comiendo tan sólo pan y agua. El tribunal cometió una torpeza, debió condenarla a la hoguera, ya se había convertido en bruja, sí, en una bruja. En apariencia, murió, pero no fue así y aparece cuando menos se espera. Ahora, la hemos aprehendido y confesará para que cuando llegue el momento sea conducida a la hoguera. Terminaremos de una vez por todas condenando su espíritu y sumiéndola en el infierno.

—Esa mujer no es la Magdalena Bavan que usted dice, sino Dominique. Déjela que hable.

—Está bien, habla, habla —invitó el interrogador a la mujer que sufría la tortura.

Mas, ella movió la cabeza de un lado a otro como si de pronto hubiera enloquecido.

—¿Cómo va a hablar así, torturada? No puede hacerlo.

—Afloja la rueda —ordenó al verdugo.

Gruñeron las cadenas y la víctima de la tortura suspiró de alivio, mientras sus brazos y piernas se aflojaban.

—Preguntadle ahora cómo se llama.

Marie estiró de la cadena que la unía a Joana, la cual estaba pálida y no se atrevía a pronunciar palabra. Marie se acercó a la cabeza de la víctima del potro.

—Dominique, Dominique —la interpeló.

—¡Nooo! Yo soy Magdalena Bavan, la tornera del convento, yo soy... —Bajó el tono, como agotada—. Magdalena Bavan. —Y cerró los ojos.

—¿Lo oís? Ahora se ha desmayado, suele ocurrir después de aflojar la tortura, ésta es una bruja. Magdalena Bavan murió hace tiempo, pero ahora se ha reencarnado gracias a los poderes del diablo que la protege. —Les miró—. Y vosotros, ¿quiénes sois?

—Oiga, amigo, mi coche se quedó sin gasolina pero...

—¿Qué dice, qué jerga emplea?

—Paul, ya te dije que no entienden —le observó Serge.

—¿Qué es lo que no entendemos? —inquirió el interrogador.

—Que somos extranjeros aquí y nos hemos perdido. Buscábamos posada y como nos cerraron las puertas al haber llegado la noche, no supimos lo que hacíamos y entramos en un lugar abandonado —explicó Serge.

—El convento de Louviers.

—Sí, supongo que será eso.

—¿Y qué hicisteis dentro?

—Buscamos comida y cobijo, pero nos dimos cuenta de que estaba abandonado; sin embargo...

—¿Qué?

—Vimos a un ser muy extraño. Era muy alto, vestía de negro y tenia cabeza de gato montés.

—¡El diablo! —exclamó el interrogador, agrandándosele los ojos.

—Eso nos pareció a nosotros. Se hallaba entre dos ataúdes, en uno ponía Picard y en el otro, Boullé.

—Sus acólitos, ellos perdieron a las monjas del convento a través de la embrujada Magdalena Bavan que cedió a la carne y cohabitó con todos.

—Nos pidió que le invocáramos, pero contestamos que no queríamos nada con él y desapareció. Hemos dormido juntos, me refiero los hombres en una habitación y las mujeres en otra y esta mañana, al salir el sol, hemos abandonado el convento.

—Creo que decís la verdad y habéis corrido un grave riesgo de ser embrujados corno esta pobre desgraciada. ¿Y de dónde venís?

—De Ginebra —mintió Serge.

—¿Ginebra? Eso está lejos, muy lejos, camino de Italia.

—Poco más o menos. Nos hablaron de la bellísima catedral gótica de Rúan.

—Creo que ha sido un lamentable error vuestra captura y es que debemos asegurarnos de que no caminen por nuestra calles brujos y brujas que emponzoñan el aire que todos respiramos, por lo que os rogaré que no abandonéis la ciudad hasta que sepamos más de vuestras personas. —Miró al jefe de la guardia y ordenó—: Soltadles y conducidles a la posada. Que se les dé de beber y comer. Vuestras ropas extranjeras son muy extrañas, pueden causar estupor.

—No se arrepentirá de habernos soltado —le dijo Serge.

Les quitaron las cadenas y el hombre que les aprehendiera les condujo fuera de aquel recinto, acompañándoles al mesón. Allí, dio orden de que fueran atendidos.

A todos se les había pasado el apetito y sólo bebieron para ahuyentar el frío que semejaba haberles helado hasta el tuétano de los huesos.

CAPITULO IV

—Hemos dejado a Dominique a su suerte, me siento como un cobarde —se lamentó Marie frente a la mesa en torno a la cual permanecían sentados los cinco.

—¿De verdad piensas que era Dominique? —preguntó Serge.

—Sí, lo era.

—Puede tratarse de una ilusión óptica que nos haga creer que lo es, sólo eso.

Paul gruñó:

—Yo no entiendo nada, estoy como borracho.

—Parece como si nos hubiéramos trasladado a otro tiempo —musitó André, mirando a su alrededor como temeroso de ser oído.

—Sería una respuesta muy facilona —dijo Serge.

—Entonces, ¿tú qué crees? —le preguntó Marie.

—No sé cómo explicarlo, pero es como si estuviéramos en otra dimensión, en otro espacio que lleva un tiempo distinto.

—¿En otra dimensión? —preguntó Paul, abriendo sus ojos con incredulidad.

—Sí, he oído contar cosas semejantes en la cátedra de psiquiatría.

—Esto no es científico —le replicó André.

—No, no lo es, pero hay fenómenos que no se explican científicamente y que sin embargo existen. No sé cómo hemos entrado no si vamos a poder salir, pero nos hallamos inmersos en un espacio donde la lógica pierde su sentido.

Por su parte, Marie explicó:

—Yo he oído que todo lo que hacemos se refleja o pasa en imagen y sonido a un plano extraterrestre. No sé cómo, pero en algún lugar se acumula todo lo que ocurre en la Tierra. ¿Podría ser eso?

Serge vaciló.

—Sí, podría ser. Es como si nuestros espíritus o nuestras imágenes, por equivocación, se hubieran colocado en esa memoria espacial, en un lugar que no nos pertenece.

—Por tanto, lo que aquí suceda no nos corresponde —observó Paul, en cierto modo aliviado.

—No tan aprisa... Puede que nosotros estemos ocupando un lugar que no nos corresponde, el lugar de unos seres que desconocemos y es posible que vayamos a correr su misma suerte, mientras que ellos están por ahí, desconcertados, quizá en una discoteca.

—¿Quieres decir que nosotros ocupamos el espacio de otros tipos mientras ellos ocupan nuestro lugar? —preguntó Paul.

—Es una hipótesis. ¿Tú tienes otra?

—Sí, que me gustaría estar en una discoteca y no aquí.

—¿Quieres decir que somos espíritus? —preguntó Joana.

—Pues no sabría qué responderte.

—¿Te estás burlando de nosotros, Serge? —inquirió Paul con expresión sombría.

—No trato de burlarme de nadie, sólo intento hallar una explicación a esta situación que estamos viviendo y me temo que no es buena ni agradable para nosotros. ¿Quién no ha oído hablar de personas que al introducirse por pueblos fantasmas les han ocurrido sucesos extraños e inexplicables?

—¿Cómo caer en otra dimensión? —preguntó Marie.

—Algo por el estilo. El caso es que no podemos salir de aquí así como así. Desconocemos la fórmula para retornar a nuestro medio. Aquí somos unos intrusos, ya os he dicho que probablemente ocupamos el lugar de otros y lo malo es que ignoramos lo que puede sucederle a esos otros.

—¿Quieres decir que nuestro destino está escrito? —preguntó Marie.

—No me hagáis más preguntas como si yo pudiera responderlas. Lo que sí sé es que el dolor, el hambre, la sed, el frío y quizá también la muerte, puede sobrevenirnos.

—¿Es lo que le sucede a Dominique? —preguntó Marie.

—Sí, y nosotros no podemos hacer nada para librarla de ese proceso de caza de brujas en que se ve inmersa y como culpable precisamente.

—¿Quieres decir que esos brutos cazadores de brujas serán capaces de quemar a Dominique viva en una hoguera? —se espeluznó Paul.

—A ella y también a nosotros si cometemos alguna torpeza. Por lo que sé de la caza de brujas, bastaba con que se fijaran en ti. Luego, el tormento te hace decir lo que quieran que confieses, de modo que hay que huir de ser capturados y pasados por el tormento, porque si es así, seguro que todos acabamos en la hoguera.

—Estamos hablando y hablando, pero hay muertos y también el diablo. ¿Os habéis olvidado del hombre-gato? —preguntó Joana.

—Yo lo vi muy cerca y os juro que no era un ser humano. Sabéis que mi padre es óptico y sé bastante de ojos. Los ojos de ese hombre-gato son ojos de gato, cargados de astucia y malignidad.

—Entonces, llegamos a la conclusión de que el diablo existe —observó André, juntando sus manos por detrás de una jarra de vino de la que había ido bebiendo.

—Y si era de verdad el diablo, ¿qué quiere de nosotros? —preguntó Marie.

—¿Qué va a querer? Perdernos, perdernos —repitió Joana.

—Parece imposible que seamos los mismos de hace unas horas. Éramos un grupo de chicos y chicas normales que pensábamos en ir a divertirnos a una discoteca. De hablarnos del diablo, nos hubiéramos echado a reír y ahora, seguro que todos tememos encontrarnos con ese hombre-gato.

—Y todo por meter el coche en el túnel de lavado. ¿Cómo pudo ocurrir todo? Fue entrar allí y al salir, nada era igual... —musitó André.

—Yo no conocía ese túnel de lavado, vosotros tenéis la culpa por ensuciar

el coche con vuestra maldita broma. Si no le hubierais arrojado mierda, ahora no estaríamos aquí, tratando de adivinar lo que nos ocurre. Es como si hubiéramos caído en una jaula de locos.

—Se me ocurre también que esto sólo sea una especie de isla.

—¿Isla? —repitió Marie mientras todos aguardaban la respuesta de Serge.

—Sí, que esta situación tiene un límite de espacio, no sé cuándo ni por dónde se puede llegar al término.

—Estuvimos caminando arriba y abajo y no encontramos nada, ni mi coche.

—Tu coche está en alguna parte, Paul, y creo que en él está la salvación.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero allí está. Por cierto, hablas de gasolina, pero ¿no es de gasóleo?

—Pues, ahora que lo dices, sí, claro. Yo hablaba de gasolina, porque como es tan nuevo, acababa de tomarlo... —Bufó—. Pues si llego a echar gasolina, la armo.

—Si encontráramos el coche, podríamos regresar a la dimensión a la cual pertenecemos.

—¿Cómo, sin gasolina, digo, sin gasóleo?

—Bueno, creo que el queroseno no es mejor, pero bien filtrado y utilizando unos pocos litros, el coche podría arrancar y llegar hasta alguna parte.

—Eso es, petróleo. Sí, el petróleo bien filtrado podría servir.

—Si se trata de buscar el coche como salida de esta situación, ¿por qué no lo buscamos?

—Antes tendríamos que hacernos con unas botellas y llenarlas de petróleo.

—¿Esta gente tiene petróleo? —preguntó Paul.

—Puede que lo utilicen para sus lámparas.

—¿No recelarán de nosotros si pedimos petróleo? —inquirió Marie.

—Que recelen lo que quieran. Ya no me importa lo que le pase al motor mientras pueda rodar unos kilómetros. Si hace falta, le echaremos también alcohol, benzol o tolueno, cualquier mezcla aunque explote.

—Puede petardear un poco el motor y posiblemente tenga que limpiarse después de esas mezclas de las que hablamos, pero podríamos salir de esta situación. Estoy convencido de que nuestra puerta de escape es tu coche. No sé cómo ni por qué, pero estoy convencido de que es así.

—A mí, lo que me da pánico es que me cojan como a Dominique y me torturen —confesó Joana.

Paul miró a Serge y le preguntó:

—Si estamos en otra dimensión, nosotros no somos lo que deberíamos. Si nos torturan, ¿nos va a doler?

—Creo que no sólo podemos sentir dolor sino también morir.

—¿Quieres decir que el que reviente torturado o quemado en esta situación que vivimos ya no regresará a nuestra vida anterior?

—Yo no puedo decir nada cierto porque estoy tan desorientado como

vosotros, pero mi opinión, que puede ser errónea, es que el que reviente se queda aquí para siempre.

Hubo una profunda desmoralización entre los jóvenes que componían el pequeño grupo.

—Creo que hemos de empezar a movernos —opinó André.

Joana advirtió:

—Si me cogen para llevarme a la sala de torturas, antes me mato.

—Vamos —dijo Serge.

Salieron de la posada y anduvieron por la población. Había poca gente y una niebla que podía mascarse. Todo era fantasmagórico y los pocos habitantes de aquel lugar que deambulaban por las calles, caminaban aprisa.

—Entonces, ¿creéis que el tipo con cara de gato que se nos apareció iba en serio? —preguntó André.

—Decir que sí, es afirmar que creemos en el diablo —observó Serge.

—Yo creo en el diablo —dijo Joana.

—Pues ya sabes, si te encuentras en un apuro, lo llamas y te sacará de él, claro que a cambio te va a pedir el alma —se rió Paul.

Joana se estremeció.

—¿De verdad tendremos que hacer pactos con ese demonio?

—Dagon.

Ante aquel nombre pronunciado de pronto por Marie, todos la miraron. Joana preguntó:

—¿Dagon, qué significa Dagon?

—Es el nombre de ese diablo.

—¿Cómo lo sabes?

—Acaba de venirme a la mente. Magdalena Bavan fue seducida por el diablo Dagon.

—¿No será que tienes telepatía con el demonio-gato? —preguntó Paul, suspicaz.

—No digas idioteces. ¿Por qué camino vamos? —preguntó Marie.

—No cruzamos el río —observó Serge—. Por tanto, tenemos que coger cualquier camino que salga de la población.

—Si salimos de aquí, nos van a perseguir los guardias inquisidores —advirtió Joana.

—No vamos a someternos a las leyes de este lugar —advirtió Serge—. Somos de otra dimensión.

—¿Y si fuéramos al convento y lo registráramos, ahora que es de día?

—Yo no quiero volver a ver a ese diablo con cabeza de gato —se opuso Joana con energía—. Me aterra sólo pensarlo.

—¿No será que estamos aquí para dar solución a lago? —se preguntó Marie de pronto.

—¿Solución, a qué? —interrogó Paul.

—No lo sé, pero puede que haya un motivo para estar aquí.

—Yo soy de la opinión contraria —dijo de pronto Marie, deteniéndose.

—¿Cuál es tu opinión? —quiso saber Paul.

—Creo que la clave de lo que nos sucede está en el convento y que es allí donde hemos de buscar.

—¿El qué? —preguntó André.

—No lo sé, pero tengo la intuición de que hemos de buscar o hacer algo, no sé el qué, pero tenemos que ir allí.

—Yo no voy —dijo Joana—. Antes prefiero irme a los caminos en busca del coche.

Paul miró a Serge, inquiriendo:

—¿No has dicho tú que la puerta de salida de este laberinto de horrores es precisamente mi coche?

—Sí, eso he dicho.

—Entonces, ¿por qué Marie asegura que es el convento?

—Puede que ella tenga razón.

Paul bufó.

—No entiendo nada y me estáis poniendo furioso.

—Yo digo que el coche es la puerta de salida, pero quizá Marie trata de decirnos que por más vueltas que demos no encontraremos el coche. ¿No es eso, Marie?

—Sí, eso es ¡o que creo. No encontraremos el coche hasta que hayamos resuelto algo y no me preguntéis el qué porque no lo sé.

—Si vais al convenio, la guardia os volverá a arrestar y os llevarán a la cámara de tortura por brujos, ya nos lo han advertido.

—En el convento no arrestarán a nadie porque ellos no se atreven a entrar allí, le tienen más miedo que nosotros. Para ellos es la cueva de Dagon.

—¿La cueva de Dagon? —Repitió Serge—. Queda bien eso...

—Un convenio abandonado del que se ha hecho dueño un diablo y dentro sólo se pueden encontrar ataúdes y despojos humanos... —gruñó Paul—. Decididamente, prefiero dedicarme a buscar mi coche.

—Yo estoy con Paul —dijo Joana, y André fue de su misma opinión.

—Bueno, cada cual es libre de hacer lo que le venga en gana —puntualizó Serge—, pero si Marie quiere ir al convento, yo la acompaño. Ir allá de día es lo mejor.

—Pues dentro de cuatro horas nos encontraremos todos en la posada —dijo Paul. Dio un vistazo a su reloj y comentó—: Menos mal que esa gente no nos ha tomado por brujos por llevar relojes de pulsera.

—Sí, será mejor que controlemos el lenguaje —opinó Serge—. Lo que para nosotros es natural, para ellos puede ser un alarde de brujería.

—No vayas, Marie, no vayas, te encontrarás con ese ser horrible.

—A lo peor no es tan malo.

—Un diablo siempre es malo.

—Por lo que he oído, nunca atacan directamente, son sus vasallos quienes hacen daño.

—Estamos hablando como locos para que nos encierren —se quejó Paul—.

Yo me voy a buscar mi coche y si hace falta, lo empujaremos hasta el pueblo. Allí le echaremos en el depósito lo que sea con tal de que ande, aunque sea vino tinto.

—Ese coche jamás llegará al pueblo, Paul.

—¿Por qué? —preguntó a Marie.

—Porque ellos no lo entenderían, sería una máquina infernal. Ningún carruaje puede avanzar sin caballos u hombres que halen de él. El motor de explosión tiene poco tiempo de existencia.

—De todos modos, lo empujaremos hasta meterlo en un granero o donde sea, pero lo traeremos.

—No lo encontraréis.

—¿Lo tomamos como una maldición, Marie? —gruñó Paul.

—No, si ahora nos saldrá bruja ella —ironizó André.

El grupo se escindió, tres por un lado y dos por otro. Joana estaba molesta con Marie por la decisión que había tomado, y se daba cuenta de que no podía hacer nada para que cambiara de opinión.

—Gracias por venir conmigo.

—No iba a dejarte sola —respondió Serge.

—Yendo sola, no me hubiera atrevido a entrar en ese convento.

—La verdad, tampoco a mí me hace mucha gracia.

—Tú eres un tipo valiente, Serge, y tienes más sesos que Paul y que André, eso se nota.

—Gracias, vas a ruborizarme.

—Tú no crees que vayamos a encontrar nada, ¿verdad?

—Yo, como todos, vi a aquel extraño ser con cabeza de gato y también los ataúdes y los restos humanos de esta mañana.

—No es un lugar muy atractivo, a mí tampoco me gusta, pero tengo la intuición de que allí hallaremos algo.

—¿Y si ocurre algo desagradable?

—Lo lamentaré, pero ¿qué podemos hacer, salvo dejarnos llevar por el destino? ¿Has visto a Dominique?

—Sí, y me siento mal por no haber podido sacarla de allá abajo.

—No podías hacer nada, ellos son muchos y están armados.

—No obstante, no pierdo la esperanza de ir a salvarla de la situación en que se halla.

—Cuando me dijo que era Magdalena Bavan, me desconcertó. ¿Verdad que tú también crees que es Dominique?

—Por lo menos, es su imagen, su cuerpo; pero si insiste en decir que es Magdalena Bavan, estamos perdidos, la quemarán viva.

—Son implacables con las brujas, pero por lo que sé, a Magdalena Bavan no la encontraron bruja sino seducida por el director del convento, Picard, y por su vicario Boullé y también por el mismo diablo que, según la leyenda, la poseyó y la hizo participar en aquelarres.

—Si hizo todo eso, ¿cómo es que no la consideraron bruja?

—No sé, debieron estimar que era la víctima de los brujos y por dejarse seducir la consideraron a pan y agua hasta la muerte y sólo tres días a la semana.

—Con ese régimen, pronto quedaría convertida en un esqueleto.

—Así debió ser, lo malo es que ahora creen en su reencarnación y es como si celebraran un segundo juicio contra ella.

—Pero eso no sucedió en la historia, ¿verdad?

—Creo que no.

—En ese caso, seguro que no estamos viviendo un tiempo pasado.

—Tú lo has dicho, Serge, creo que nos hallamos en otra dimensión. En ocasiones he oído hablar de que en la propia tierra hay vidas paralelas, seres que viven en el mismo planeta pero a los que no vemos y ellos tampoco nos ven a nosotros.

—Yo también he oído esas historias, pero jamás se ha podido comprobar nada.

—Todo es un misterio y hay tantos misterios que la ciencia no puede esclarecer... Mira, ahí está el convento.

—Sí, y es realmente siniestro. ¿En nuestro tiempo estará habitado por monjas?

—Lo ignoro, pudiera ser que sí.

—Es todo tan extraño...

—Me gustaría saber si vamos a salir de ésta.

—¿Qué crees que ocurrirá en la vida normal, me refiero a si nuestras familias y amistades notarán nuestra ausencia?

—No lo sé, quizá avisen a la policía para que nos busquen, aunque yo vivo solo.

—Yo comparto un apartamento con otras chicas.

Instintivamente, ambos extendieron sus manos y éstas se encontraron, juntándose.

Cruzaron por la puerta del muro que se veía desvencijada y recorrieron el patio enlosado con piedra natural hasta la entrada del convento.

Allí estaba la ventanita enrejada del torno por donde la monja tornera recibía a los extraños sin ser vista. Aquél debía haber sido el puesto de Magdalena Bavan, la monja seducida que al final había sido condenada a pan y agua tres veces por semana en una celda.

Nada más entrar en el imponente edificio del convento, les rodeó aquella frialdad ambiental que superaba en mucho a la frialdad del exterior. Era una frialdad que nada tenía que ver con la meteorología, era algo propio del convento abandonado, no se veía en forma de niebla pero podía palparse. Era una frialdad húmeda y hasta podía decirse que hedía a cadáver.

—Siento como si hubiera algo vivo cerca de nosotros.

—Yo también —le dijo Serge.

—Es esa impresión que se tiene cuando alguien te está mirando fijamente, a nuestras espaldas, a nuestra nuca.

—Dagon, ¿estás ahí? —preguntó de pronto Serge en voz alta y desafiante. Había un reto en aquella pregunta lanzada al aire.

La voz del joven Serge rebotó contra las paredes pétreas, se multiplicó en varios ecos y hasta semejó que la voz se reía de Serge, como llamándole a él y no al diablo.

—No contesta.

—Está ahí —dijo Serge—. Sé que está ahí, pero no quiere dejarse ver aún.

Siguieron adelante, pasando por salas y corredores. Llegaron a la capilla donde no había ninguna señal cristiana. Todos los símbolos habían sido arrancados o borrados de la piedra a martillazos.

—¿Qué crees que podemos encontrar? —preguntó Serge, deteniéndose.

La luz era escasísima. En algunas de las dependencias que cruzaban escucharon sus propios pasos como si sus sombras, ahora invisibles, les siguieran.

—No lo sé, no lo sé, no lo sé.

—Calma, calma, sé que estás en tensión y que este lugar es tan frío y desolado como desagradable.

—¿Y si buscamos en la salita de los ataúdes, en aquella especie de panteón?

—Sí, pero ¿dónde está? —inquirió Serge.

—Es cierto, esto parece un laberinto.

—Desde que llegamos a esta dimensión, a este lugar desconocido donde hay cazadores de brujas, muertos y diablos, hemos perdido el sentido de la orientación.

—Debe estar en alguna parle, a menos que fuera una ilusión.

—Todo es una ilusión.

—Sí, pero parece muy real, tan real que puede costaros caro un descuido.

—¡Serge, allí, allí hay una sombra!

—Sí, sí.

—¡Deténgase! —le gritó Marie.

—¡Sígueme! —pidió Serge a su compañera.

Serge salió corriendo a Sargas zancadas para tratar de alcanzar la sombra que se les escapaba por un corredor. Marie corrió tras él, por fin habían encontrado algo.

De pronto, Serge dobló por un pasillo. Marie iba unos cuantos pasos tras él, era una buena corredora, pero el joven parecía un atleta olímpico y quedó unos pasos rezagada.

Al doblar el recodo, en vez de ver a Serge un poco más lejos, dio casi de bruces con el ser al que buscaban pero que tanto temía encontrar.

Aquella cabeza de gato gigante sobre el cuerpo humano, la hizo ahogar un grito, un grito que hubiera brotado fuerte de su garganta si no estuviera ahogando debido a la carrera en pos de la sombra, tras los pasos de Serge.

Los ojos felinos, grandes y malignos, se clavaron en ella, todo fue muy rápido. Aquel ser satánico sacó los brazos de entre su capa y la cogió entre

ellos, levantándolo en el aire como para llevársela consigo.

—¡Serge, auxilio, Serge! —gritó.

Marie tuvo impresión de que el diablo-gato la hacía traspasar una pared pétrea, desapareciendo ambos tras ella.

Al escuchar aquel grito, que halló mil ecos en las salas, corredores y celdas, vacías de muebles, Serge se detuvo. Había perdido a la sombra a la cual estaba persiguiendo y a! mirar hacia atrás, ya no vio a su compañero.

—¡Marie, Marie!

Su llamada fue inútil, no halló respuesta. Tras él, la soledad, el silencio.

—¡Marie, Marie!

Retrocedió por los pasillos umbríos, escasísimos de luz. Las ventanas eran pocas y estaban enrejadas, altas y hostiles. Afuera, un día con niebla densa.

—¡Marie, Marie!

Sólo le respondía su propio eco.

Serge corrió de un lado a otro sin cesar de llamar a su amiga. Todo había sido tan rápido que no comprendía bien lo ocurrido. Marie había desaparecido y él la había oído gritar pidiendo auxilio.

—¡Marieeee! —gritó, desgarrando su voz al exigirle la máxima potencia.

CAPITULO V

Marie se debatía impotente en brazos de aquel ser abominable, encarnado en un cuerpo humano con cabeza de gato.

Vio paredes, salas, corredores, puertas, hasta que llegó a una salita pequeña donde había un ataúd grande y rojo, rodeado por cuatro velones negros.

Despacio, el diablo la acercó al ataúd. Marie se sentía incapaz de escapar.

—Fíjate, fíjate lo que dice en este ataúd...

La muchacha ladeó el rostro y leyó el nombre escrito en letras negras sobre el fondo rojo.

—Magdalena Bavan.

—Sí, tú sabes de ella, ¿verdad?

—¿Eres Dagon?

El gato rió y ella se estremeció de terror. Cuando volvió de nuevo la cabeza para no ver aquel rostro bestial de gato montés, observó que la tapa del féretro estaba abierta.

—Es tu sepulcro.

—¡No, no! —gritó, horrorizada, queriendo evitar mirar hacia el interior del féretro, oscuro como el ojo de una siam.

—Sí, sí, es tu sepulcro. Tú serás también Magdalena Bavan.

—¡No!

Pataleó en el aire, mas Dagon la centró sobre el ataúd y la dejó caer hacia el interior.

—Es tu morada.

—¡No, no!

Se agarró a las mangas del enigmático ser, pero sus dedos resbalaron por la ropa y cayó dentro del féretro. Inútilmente trató de aferrarse a alguna parte.

La oscuridad comenzó a rodearla. Miró hacia arriba y cada vez más pequeña aquella maligna cabeza de gato sobre un cuerpo humano que reía y la carcajada la seguía en su caída en lo que parecía un fondo sin fin.

La garganta se le desgarraba en sus gritos de terror mientras caía y caía, era como si la hubieran arrojado desde lo alto de un avión a diez mil metros de altura.

Su cuerpo, más que caer, semejaba flotar y girar sobre sí mismo mientras sus brazos y sus pies buscaban algo que tocar. Era como si aquél fuera el pozo que conducía a las entrañas del averno.

El terror y el mareo en aquella caída vertical hacia lo desconocido la hicieron perder el sentido, ya no tenía salvación.

Cuando Marie despertó, lo hizo dentro del ataúd que ya no era un pozo sin fondo, sino un sepulcro hermoso y siniestro a la vez, rojo por fuera y tapizado en seda negra por dentro.

Se sentía cómoda, nada le dolía y ni siquiera tenía frío pese a que, de pronto, se percató de su completa y total desnudez.

Parpadeó, el féretro tenía la tapa abierta.

Sobre ella, un techo alto y oscuro, pétreo. Los cuatro velones negros encendidos la rodeaban, dándole luz, y escuchó unos tenues maullidos.

Antes de que pudiera hacer nada, tres gatos treparon a lo alto del ataúd y saltaron a su interior. Los gatos eran pequeños, de hermoso y suave pelaje. Alargó una de sus manos y acarició el lomo de uno de ellos.

Los gatos saltaron sobre su cuerpo desnudo. Sus patas almohadilladas caminaron sobre su piel sedosa sin herirla u poco a poco, notó que aquellas patas le producían un cosquilleo sensual que le arreboló las mejillas.

—No, no, fuera.

Se incorporó hasta sentarse dentro del ataúd. Los felinos frotaban sus cuerpos contra el de ella, acariciadoramente.

—Pérfidos, malos —les riñó sin fuerza.

Salió del ataúd sin que llegara a pensar que su situación era horrible. Fue entonces cuando descubrió que en la estancia no había menos de una docena de aquellos gatos. No pareció importarle, todo lo contrario. Les acarició el lomo, la cabeza, las colas que se erguían buscando sus mimos.

Anduvo entre ellos hasta una percha donde había ropas que tomó y se vistió con ellas. Eran ropas de monja, no eran las suyas, pero no le sorprendieron, era como si hubiera utilizado aquel hábito durante toda su vida.

Vestía con el traje talar de paño oscuro, que ya se había perdido en los tiempos, sin ningún símbolo cristiano en él, abandonó la estancia donde se hallaba el féretro del que había salido. Rodeada por los gatos, comenzó a recorrer las dependencias del convento.

—Magdalena Bavan, ¿me oyes? —le preguntó una voz que salía de todas partes y que no parecía brotar de ninguna en concreto.

—Sí, sí, te oigo —contestó Marie, respondiendo por el nombre de Magdalena Bavan como si hubiera cambiado de personalidad.

—Eres mi esclava, Magdalena Bavan, mi esclava.

—Sí, soy tu esclava, mi señor Dagon —respondía ella, rodeada por los gatos.

—El sábado tendremos una fiesta y tú asistirás.

—Obedeceré siempre tus órdenes, mi señor Dagon.

—Serás la reina de la fiesta, vendrán mis amigos de todas partes y gozarás como jamás lo has hecho.

—Obedecerte es gozar, mi señor Dagon.

—Magdalena Bavan, si eres sumisa a mis mandatos no morirás jamás, yo te protejo, soy más fuerte y poderoso que todos tus enemigos.

—Gracias, mi señor Dagon.

—Sé que eres doncella y me reservo para mí tu primera cópula.

—Soy tuya, mi señor Dagon.

—En la fiesta. Ahora, este convenio es tu morada, no lo abandones.

—No, mi señor Dagon —le dijo ella, siempre sumisa.

—Afuera están tus enemigos, quieren perderte.

—Mis enemigos están fuera y yo no abandonaré esta morada.

—Aquí te sentirás feliz, plenamente feliz. Lejos de aquí, sólo te espera la tortura y la hoguera.

—No, no quiero la hoguera, mi señor Dagon, le tengo miedo.

—Lo sé, lo sé, Magdalena Bavan, por eso trataré de protegerte.

—Soy tu esclava, mi señor Dagon.

—¿Qué deseas, Magdalena Bavan?

—Que llegue la fiesta, mi señor Dagon.

—Llegará, llegará... Mientras, los gatos te harán compañía, acarícialos y acepta sus caricias. Ahora tengo marcharme, Magdalena Bavan, tengo que marcharme...

La voz se alejó hasta convertirse en un lejano rumor y sólo se oyeron los maullidos de los gatos en torno a la joven vestida de monja, un hábito que nada tenía ya de cristiano.

—Vosotros sois mis amigos, no os separéis de mí —les dijo a los pequeños felinos.

Y echó a andar por los largos y siniestros corredores del convento abandonado.

CAPITULO VI

Agotado de tanto correr, gritar y buscar, Serge salió del convento. Existía la posibilidad, según pensó, de que Marie hubiera salido de aquel siniestro lugar, aterrorizada al sentirse sola por unos instantes.

Regresó a las calles de la población y se dirigió a la posada por si la muchacha se hubiera refugiado en ella. El día continuaba neblinoso, húmedo y frío. Antes de llegar al hostal, por otra calle vio llegar a Paul, a .loan y a André.

—¡Serge! —gritó Joana.

Se acercaron mutuamente.

—¿Habéis visto a Marie?

—¿Marie, no estaba contigo? —le preguntó Joana.

—Sí, estaba, pero ha desaparecido.

—¿Cómo? —preguntó André.

—No lo sé bien. Estaba corriendo detrás de una sombra cuando al oír el grito de Marie pidiendo auxilio me he vuelto y ella ya no estaba.

—¿La has buscado?

A la pregunta de Paul, Serge replicó, molesto:

—Idiota... ¿Crees que iba a dejar de buscarla?

—Bueno, bueno, yo sólo he preguntado.

—He estado escudriñando hasta el último rincón, lo cierto es que el interior de! convento me parece un laberinto, no sé ni cómo he encontrado la salida.

—¿Y la has dejado sola allí dentro? —se estremeció Joana.

—Al no encontrarla, he pensado que podía haber huido y regresado a la posada. Me he pasado mucho tiempo buscándola, llamándola a gritos, tengo la voz ronca.

—Veamos si está en la posada —propuso André.

Penetraron en el hostal. Ibas a preguntar al posadero cuando descubrieron al interrogador de la sala de torturas.

Joana tuvo un estremecimiento al verle, aquel hombre le parecía terrorífico, no tenía otro color en su rostro que un gris amarillento. Era como si fuera un cadáver viviente y, sin embargo, sus ojos estaban cargados de odio.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó el interrogador al verles.

Joana tragó saliva. Paul, con mucho tacto, respondió:

—Buscando nuestro carruaje, lo dejamos y ahora no recordamos dónde.

—Este lugar no es grande, de modo que terminaréis encontrándolo.

—Eso esperamos —contestó Paul.

—Os aguardaba aquí para deciros algo importante.

Joana notaba ya su garganta reseca, le tenía pánico a aquel hombre, capaz de someter a sus semejantes a despiadadas torturas sin alterarse lo más mínimo y sin sentir lástima por sus víctimas.

—¿Y podemos saber lo que quería comunicarnos? —preguntó Serge.

—La desgraciada que estaba siendo interrogada y que vosotros visteis, ha sucumbido:

Serge insistió:

—¿Qué quiere decir «sucumbido»?

—No ha podido resistir los interrogatorios y ha dejado de existir.

—¿La han matado? —balbuceó Joana. Su voz brotó temblorosa, apenas audible.

—Nosotros no hemos matado a nadie, ella no ha resistido el interrogatorio que es diferente.

—¿Torturándola en el potro? —preguntó Serge, acusador.

—Hay también otras torturas muy útiles para interrogar. La tortura no está sólo permitida, si no que es buena para sacar la verdad de los cuerpos endemoniados.

—¡Asesino! —rugió Serge, levantando su mano.

—¿Qué tratas de hacer? —Preguntó el interrogador, mirándole desafiante con sus ojos cargados de odio—. Te haré aprehender por lo que has hecho, seguro que eres un hereje.

—¡La tortura es abominable!

—La tortura es muy eficaz para sacar los demonios de los cuerpos de las brujas y de los brujos. Creímos que Magdalena Bavan era una víctima, pero luego hemos sabido que era una bruja, por eso es reencarna en otros cuerpos de mujer.

Serge escupió:

—Dominique no era Magdalena Bavan.

—No era Dominique, sino Magdalena Bavan, vosotros la oísteis cuando confesaba.

—Y si confesó, ¿por qué seguir torturándola? —preguntó Joana.

—Porque tenía que decirnos más cosas, muchísimas más cosas.

—¿Como qué cosas querían saber? —preguntó André.

—Dónde celebran los sabbats, quiénes más se reúnen con ellas. Hemos de conocer a todos los demonios y a todos los brujos y brujas para quemarlos en la hoguera y arrojarlos a lo más hondo del infierno.

—Y ahora, ¿qué pasa con Dominique? —preguntó Joana.

—Si te refieres a la reencarnación de Magdalena Bavan, en estos momentos sus despojos están siendo quemados. Sus cenizas serán arrojadas al pozo de las maldiciones para que jamás vuelvan a salir de él.

—¿Y dónde está ese pozo de las maldiciones? —quiso saber Serge.

—Junto al camposanto; por supuesto, lucra de sus muros.

—¿Y a cuántas Magdalenas Bavan han arrojado dentro de ese pozo?

—¿Cuántas? Sólo hay una Magdalena Bavan.

—Una, pero ¿a cuántas han matado?

—Lo que tú preguntas es cuántas veces se ha reencarnado Magdalena Bavan en cuerpos que no le pertenecen.

—Algo así.

—No lo sé; además, sería secreto de este sumario contra la bruja Magdalena Bavan.

—¿Y cree que han terminado ya con ella? —preguntó André.

Mientras el interrogador respondía, Joana comen/ó a sollozar.

—No, no ha terminado, es posible que vuelva a reencarnarse hasta que logremos acabar con ella. Es una bruja con muchos poderes, todos los poderes que le concede el diablo por servirle, por entregarle su cuerpo. Ahora, debo marcharme; os recomiendo que no os acerquéis a la morada del diablo, es decir, al convento en que habita porque terminaréis siendo sus siervos. Nosotros os perseguiremos y se os castigará como merezcáis. Por cierto, falta uno de vosotros.

—Está paseando —mintió Serge.

—No es bueno para una mujer sola el pasear. Es muy hermosa esa muchacha rubia... ¿Cómo se llama?

—Marie —respondió Paul.

—Sí, muy hermosa, y la carne atrae a la carne.

Dicho esto, aquel hombre al que todos temían, se marchó.

Paul miró a su alrededor, temiendo ser oído, y después dijo:

—Ese tipo quiere quemarnos a todos

—Es un cazador de brujas —dijo Serge—. Buscará en nuestros ojos, en nuestra espalda o en nuestras nalgas la señal del diablo.

—¿En nuestras nalgas? —preguntó Joana, cuyos ojos estaban enrojecidos por el llanto.

—Sí, son manías, basta un lunar para que te acusen de brujo o bruja.

—Están locos —gruñó Paul—. Tenemos que esperar, ya no sé que es peor, si el diablo del convento o éstos, con sus abominables torturas. Fijaos en Dominique, la han matado... ¿Qué haremos ahora?

—Podemos comenzar por incendiar toda esta ciudad, ¿no? —propuso André.

—Sería una buena cosa, con tanto fuego nos quitaríamos el frío de encima —masculló Paul—. Lo malo es que las casas están levantadas con piedra y tan mojadas por la humedad que me temo que no arderían ni regándolas con gasolina.

—Lo que no entiendo es que podamos consentir que hayan asesinado a Dominique torturándola.

—¿Te refieres a si podemos avisar a la policía? —preguntó Paul.

—Sí, no se puede asesinar así, impunemente y torturando a la víctima.

Serge puntualizó:

—Aquí, la policía son ellos, no hay más ley que la suya. Nuestra forma de pensar nada tiene que ver con la de ellos.

—Entonces, no nos queda otro remedio que escapar para que no nos suceda lo que a Dominique —gruñó Paul.

—¿Y Marie?, ¿la vamos a abandonar también? —preguntó Joana.

—No, por supuesto que no —dijo Serge, resuelto—. La seguiremos

buscando.

—¿Dónde? —preguntó Paul.

—Si no está aquí y no la veo por las calles del pueblo, ¡egresaré al convenio, debe de estar allí.

—Si regresas al convento, ya sabes lo que te espera, te van a considerar brujo —le advirtió Paul.

—¿Quieres decir que no me acompañarás?

—La verdad, no creo que sea oportuno. Entre esos tipos que quieren subirnos a la hoguera y van armados y el diablo con cabe/a de gato que hay en el convento, pienso que lo mejor es no provocar pleitos. Prefiero seguir buscando mi coche por los alrededores de la población.

—No lo encontrarás —le dijo Joana—. Lo hemos buscado ya muchas veces, hemos perdido horas. Se lo ha tragado la tierra.

—Pues Dominique salió del coche.

—Sí, salió del coche y fíjate adónde ha ido a parar —se lamentó Joana.

—Oye, Serge, tú que sabes tanto de todo este lío, ¿a los hombres los quemaban lo mismo que a las mujeres?

—Sí, para ellos no había diferencia entre brujos y brujas, de modo que no te creas a salvo. Además, no olvides que esta gente tiene unos instrumentos de tortura y son para emplearlos. Se han acostumbrado a ellos, especialmente ese sujeto que nos ha hablado antes. Se nota que es un sádico y si no tiene a quien torturar, se lo buscará con cualquier pretexto y cogerá al que tenga más a mano.

—¿Lo dices para asustarme si me quedo aquí en la posada? —preguntó Paul, desafiante.

—No tengo porque asustarte, tú haz lo que quieras. ¿Quién me acompañará al convento?

Joana se excusó:

—Me da mucho miedo entrar ahí, Serge, compréndelo.

—Te comprendo, pero quedándote aquí no saldrás de esta situación.

—¿Y qué quieres que haga si tengo miedo?

—André, ¿tú qué dices?

—Voy contigo. Creo que Marie no merece que la dejemos abandonada a su suerte como le ha ocurrido a Dominique.

—Si pudiéramos hacernos con armas, nos defenderíamos —gruñó Paul.

—Pues si te quedas aquí y no encuentras tu coche, por lo menos trata de conseguir armas —le dijo Serge—. Al menos, tendremos con qué defendernos.

—Está bien, Joana y yo iremos juntos.

—No le digáis a nadie que nosotros hemos regresado al convento.

—No, no se la diremos a nadie —asintió Joana.

—Hemos de darnos prisa, el día avanza y siendo invierno y con esta niebla que no se levanta, no tardará en oscurecer.

—Será mejor que demos un rodeo, no sea cosa que nos estén vigilando —

dijo Serge a su compañero André—. Tengo la impresión de que ese tipo, el cazador de brujas, arde en deseos de cazarnos a nosotros con algún pretexto que les sirva para meternos en el potro o en cualquier otro artefacto de tortura. Y por lo que vimos en aquel maldito sótano, herramientas para romper huesos no les faltan.

Serge, que se había aprendido ya el camino para llegar al desolado y umbrío convento, maldito por todos, un convento que se veía por encima de las casas de la población, buscó una calle que se alejaba pero que luego, a través de matorrales, les permitía acercarse al convento. La niebla sería su aliada.

Supieron esconderse después de cruzarse con algunos personajes que iban prácticamente embutidos en sus capas, no se sabía si para protegerse del frío o para que no se les reconociera.

André, alto y delgado, caminaba mal, encorvado. Serge se movía con mayor agilidad.

—Si no fuera por esta gélida niebla, nos verían.

—Eh, mira el camposanto —exclamó de pronto André, señalando hacia su derecha.

Estaban llegando al convento por un lado distinto al que se acercaran las veces anteriores.

—Sí, veo el muro y los cipreses.

—Y el humo, ahora lo masco más que lo huelo.

—El humo... ¿Quieres que vayamos a ver el cadáver de Dominique?

—Ya está muerta y si lo veo me voy a poner furioso.

—Podemos acercarnos con cautela.

—Si te empeñas.

Dejando el convento a la izquierda, torcieron por el camino y con sigilo furtivo se acercaron al cementerio. La puerta estaba abierta y André observó:

—Creo que el fuego no es dentro.

—Subiremos por la ladera derecha, hay muchos matorrales —propuso Serge.

—Con la niebla no vamos a ver nada.

—Nos acercaremos.

—¿Y si nos descubren?

—Esperemos que no.

Siguieron adelante.

La niebla les impedía ver con claridad, pero no tardaron en divisar un horno de piedra circular, sin apenas chimenea. No se veía bien lo que había dentro, pues tendría unos tres metros de altura y todo él era de piedra de granito.

Por una boca baja, dos hombres arrojaban leña. El olor era muy desagradable.

—Huele a carne quemada —comentó André.

—Mira, André, ese debe de ser el pozo que llaman de las maldiciones.

El pozo se hallaba como a una veintena de metros, apartado de los muros del cementerio. Tenía una tapa de hierro forjado en la que había una cruz.

—Ellos creen que lo que se arroje ahí dentro ya no puede salir.

—Sí, esa tapa enrejada impide la salida de las cenizas malditas que arrojan al interior.

—Pero ¿tú crees que eso puede ser posible?

Serge miró a su amigo y respondió:

—¿Qué es lo que puede o no ser posible? Ahora aquí y para nosotros, todo es real y absurdo al mismo tiempo, pero no podemos descuidarnos, la muerte nos acecha. Dominique está ahí, quemándose, tras haber muerto torturada.

—Sí, es cierto. La querían quemar viva y se contentan con quemarla muerta.

—Hemos de encontrar a Marie antes de que pueda sucederle lo mismo.

Retrocedieron, siempre con cautela para no ser descubiertos. Se alejaron de las proximidades del cementerio, pero el hedor a carne quemada les seguía.

—No me gusta esto, Serge.

—A mí tampoco, pero hay que encontrar a Marie.

—¿Seguro que se quedó aquí? —preguntó André mientras se introducían en el convento.

—Sí, seguro, no podía ir a ninguna otra parte. Además, la oía gritar.

—¿No pudo caerse en algún agujero? Estos lugares pueden tener trampas o pozos.

—Si se trata de algún agujero, lo buscaremos.

Serge volvía a recorrer aquel siniestro lugar. Todos los pasillos y salas, parecían iguales y todas las celdas, idénticas. Tenía la impresión de que jamás se acostumbraría a estar allí dentro.

—¡Marie!

Ambos se quedaron quietos para oír la respuesta, si es que llegaba a producirse; mas sólo escucharon el eco de la llamada.

—No está —dijo André.

—Estoy seguro de que está en este convento, me jugaría el cuello a que no ha salido de aquí.

—¿Tendrá mazmorras?

—¿Te refieres a celdas subterráneas?

—Sí.

—Si quieres, comenzamos a buscar por los sótanos.

—No me hace ninguna gracia —respondió André—. Además, no tenemos linterna.

—Pero ¿hay velas?

—¿Dónde?

—En la salita de los ataúdes.

—Si ya nos las llevamos...

—Quedaron algunas, las otras estarán en las celdas donde hemos pasado la noche.

—Serge, ¿por qué no vamos al sitio donde hemos dormido?

—¿Tienes miedo a los ataúdes?

—Miedo, lo que se dice miedo, no, pero no me hace gracia. ¿Sabes tú acaso lo que hay dentro de esos féretros?

—Si no hay despojos humanos, no habrá nada.

—¿Así de simple?

—Claro. ¿Qué pueden hacernos unos restos humanos que tendrán cientos de años?

—Serían cientos de años si estuviéramos en la dimensión a la que pertenecemos, ahora es distinto.

—Tienes razón; no obstante, tampoco tienes por qué preocuparte, los ataúdes no podían abrirse. Recuerda que lo intentamos sin conseguirlo.

—Menos mal, no me produce ninguna tranquilidad acercarme a esos féretros. Y yo que creía antes que no era supersticioso...

—No se trata de supersticiones, André. Todo lo que nos rodea, todo lo que hoy ocurre para nosotros, es real, totalmente real.

—¡Marie! —gritó de súbito André, deseando salir de aquella situación tensa y agobiante con aquel grito desgarrador más que obtener una respuesta de la joven desaparecida.

CAPITULO VII

—Mira, ahí están —dijo André.

Dos grandes velones encendidos iluminaban débilmente aquella estancia alargada y con cortinajes rojos. Era una de las pocas estancias del convento abandonado que conservaban cortinas, y ello era posible porque las gentes de la población no se atrevían a entrar allí para arrancarlas y llevárselas consigo.

—Ya estamos aquí. ¿Y ahora qué, Serge?

—No lo sé.

—Entonces, ¿para qué hemos venido? —inquirió, mirando a su alrededor con recelo.

—Buscamos a Marie, ya lo sabes. Veamos el lugar por donde desapareció el tipo de la cabeza de gato.

Rodearon los ataúdes, no tenían deseos de acercarse a ellos.

Apartaron los cortinajes y se encontraron con una puerta abierta. André, sorprendido, exclamó:

—Juraría que esta puerta estaba tapiada con granito.

—Yo también. Supongo que debe ser un muro falso que se corre hacia los lados.

—Huelo a muerto, Serge, a cadáver.

—No tengas tanto miedo y tráete un velón; veremos qué hay aquí dentro.

André retrocedió. Se hizo con uno de los gruesos cirios arrancándolo del soporte y se reunió con Serge.

—Fíjate, André, otro ataúd.

—Sí, ya veo.

—Enciende esos velones que están apagados.

André se adelantó y con el grueso cirio que llevaba encendido, prendió la mecha de los otros cuatro, que rodeaban el féretro de color rojo.

—Magdalena Bavan —leyó—. ¿Te das cuenta, André?

—Sí, creo que estamos buscando también esto. ¿No es así?

—Sí. Ya no sé si estamos desvelando misterios o nos estamos complicando todavía más.

—¿Miramos a ver qué hay dentro?

—Restos humanos, supongo.

Ambos se miraron y decidieron abrir la caja pese a que no tenían herramientas para forzarla. Pusieron sus manos sobre un canto de la tapa y la levantaron, llevándose la sorpresa de que no ofreció ninguna resistencia.

—Nada —exclamó André tranquilizado en el fondo.

Serge examinó el raso negro que acolchaba el interior del féretro y luego se inclinó para olfatearlo.

—Juraría que huele...

—¿A cadáver?

—A cadáver huele el ambiente, pero aquí dentro, no. No sé, es champú,

sales de baño o jabón, pero es el aroma inconfundible que utiliza Marie, seguro que es su olor.

—¿Quieres decir que ella ha estado aquí dentro? —se asombró André.

—Podría ser, ¿no?

—¿Y para qué?

—No lo sé, pero seguro que Marie ha estado aquí.

—Si tienes tan buen olfato, ¿por qué no sigues el rastro?

—No digas tonterías, aquí se ha conservado porque la caja estaba cerrada.

—Bueno, ya sabemos algo más. El féretro de Magdalena Bavan está vacío, ¿dónde está Magdalena Bavan?

—Eso suena como un acertijo de salón —rezongó Serge. De pronto, se dio un golpe con la palma de la mano en la frente—. ¡Ya está!

—¿El qué está?

—Los despojos de Magdalena Bavan.

—¿Sabes acaso dónde están?

—Claro, y tú también.

—¿Yo?

—Sí, idiota. ¿Es que te has olvidado de los restos humanos que hemos encontrado en una celda, cerca de donde dormíamos?

—Sí, claro. ¿Cómo es posible que me olvidara, con lo repugnantes que son? Oye, ¿y por qué está el ataúd aquí y los restos de esa bruja, monja o lo que sea, en otra parte?

—No lo sé, en todo esto hay un misterio y quizá hallando la clave encontremos la solución de todo. Dejemos este ataúd vacío y veamos los otros...

—Si estaban cerrados, no pudimos abrirlos.

—También estaba cerrada esta puerta.

—Tienes razón, y se me ocurre otra cosa...

—¿Cuál?

—¿Y si cuando volvamos aquí la puerta está cerrada de nuevo?

—¿Quieres decir que ya no podremos encontrar el ataúd de Magdalena Bavan?

—Exacto.

—Pues vamos a solucionar eso.

—¿Cómo?

Serge cerró el ataúd y pidió a su amigo:

—Coge del asa, nos lo llevamos.

—¿Así de simple, como si fuera una maleta?

—Si hemos de introducir unos restos humanos, es mejor llevar el ataúd hasta la celda y no al revés; resultaría más engorroso traer los restos hasta aquí, ¿no crees?

—Tienes razón. Lo normal es llevarle el ataúd al muerto y no el muerto a la tienda de ataúdes. La verdad, Serge, ya empiezo a sentirme como un sepulturero.

—¡Diablos, cómo pesa!

—No nombres al diablo, no sea cosa que venga a ver lo que estamos haciendo... —Entre bufidos, preguntó—: ¿Crees que llegaremos lejos con esto?

—Fíjale, André...

—¿Qué?

—Mira, el pedestal es como un pozo.

—Lis cierto —asintió André tras dejar el ataúd en el suelo y mirar al pedestal de granito que interiormente estaba hueco, semejaba un pozo—. No se ve nada.

—El ataúd hacía de tapa de este pozo.

—¿Será muy hondo?

—No lo sé, no tengo nada para lanzar dentro.

André gritó y el pozo no le devolvió la voz.

—Parece que sí es muy profundo. Espera, tengo una moneda, oiremos el ruido.

Sacó la moneda, se la mostró a Serge y luego la dejó caer al interior de aquel pozo oculto. Sus oídos aguardaron en vano el ruido de la moneda chocando contra un fondo sólido o líquido.

—Es como si llegara al fondo de la tierra.

—Será mejor no arriesgarnos a caer ahí dentro, no saldríamos jamás —gruñó André.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¿No querías llevar el ataúd a la celda para recoger aquellos despojos humanos?

—Sí, será lo mejor, ya que no veo la forma de encontrar a Marie.

—¿Y después?

—¿Después? No sé. Estamos tratando de salvarnos sin un plan fijo porque ignoramos lo que nos sucede en realidad y por donde podemos salvarnos. Si salimos de ésta, cuando lo recordemos nos vamos a reír.

—Me temo que ya no voy a reírme jamás. Creía que estas cosas sólo ocurrían en las historias de terror y ahora veo que ando metido en este embrollo de horror sin saber cómo.

—Así es la vida. Siempre pensamos que las cosas malas les ocurren a los demás hasta que nos suceden a nosotros.

Cogieron el ataúd por las asas y cargaron con él. Al llegar junto a los otros dos ataúdes, Serge pidió:

—Espera.

—¿Quieres abrir también esos dos?

—Sí.

—¿Por qué? No habrá nada, como en este.

—De todos modos, quiero verlo, si es que se pueden abrir.

Volvieron a dejar el féretro rojo de Magdalena Bavan en el suelo. Se encararon con los ataúdes de Picard y Boullé y Serge Dijo:

—Ayúdame. Primero, abriremos el del que fuera director del convento de monjas.

La tapa no ofreció resistencia como la vez anterior.

—¡Diablos! ¿Cuánto tiempo crees que lleva muerto este tipo?

—No lo sé, lo mismo podría ser una semana que un mes, aunque debería estar más corrompido. Quizás sea el frío que aquí hace.

—Sí, esto parece una nevera —asintió André, mirando aquel cadáver de piel blanco azulada que mostraba un rictus desagradable en su rostro.

—André, ¿crees que este tipo se podrá levantar como hacen los vampiros?

—No digas estupideces y cierra la caja, no sea cosa que se vaya a levantar.

Bajaron la pesada tapa y luego abrieron la de Boullé. Había otro ser dentro, conservaba sus carnes y su rostro tenía también un rictus desagradable.

—Ya tenemos dos cadáveres bastante enteros.

—Cada vez me gusta menos esto, Serge, larguémonos —balbuceó André.

—No sin encontrar antes a Marie y ahora, a cargar otra vez con el ataúd de Magdalena Bavan.

Cargaron con la pesada caja, Serge delante, sobre su hombro derecho y André atrás, sobre su hombro izquierdo. De este modo, el ataúd quedaba bastante equilibrado.

Volvieron a recorrer pasillos y salas buscando el ala de las celdas.

Cada uno llevaba en su mano un cirio encendido, pues la luz que entraba por las altas y enrejadas ventanas era escasísima. Poco a poco, el día no tardaría en morir.

—Oye, no vayas tan aprisa, que esto pesa —gruñó André.

Descansaron en repetidas ocasiones, pero Serge no estaba dispuesto a renunciar a su plan. De vez en cuando, al detenerse gritaba:

—¡Marie, Marie! ¿Me oyes? ¡Responde!

Sólo el eco de sus voces y de sus pasos era lo que obtenían por respuesta.

Habían llegado al corredor de las celdas. Buscando en el suelo, aún podían hallarse las huellas de sus pasos.

—Dejemos el ataúd y busquemos —propuso Serge.

Comenzaron a abrir celdas hasta que en una de ellas, sobre el catre de madera carcomida, descubrieron aquellos restos humanos vestidos con un hábito de monja, corrompido también por la putrefacción del cadáver, que hedía de forma insoportable.

—Al fin la hemos encontrado —exclamó Serge en tono bajo.

—Creí que lo que querías era hallar a Marie.

—Sí, claro que sí, pero a ésta también.

—¿Crees que es de verdad Magdalena Bavan?

—¿Y quién, sí no? No hay otros cadáveres salvo los de Picard y Boullé que fueron quienes la sedujeron y, según cuenta la leyenda, la pusieron en manos del diablo Dagon que también la hizo suya.

—¿Y las demás monjas?

—No sé, quizás huyeron al ver al convento maldito.

—Pero ¿esto ha ocurrido en la realidad, me refiero a nuestro tiempo, a nuestra dimensión?

—Lo ignoro, yo sólo puedo guiarme por lo que pueda haber ocurrido aquí.

—No comprendo nada...

—Ni lo intentes, yo tampoco lo entiendo, pero hay unas líneas claras que hay que seguir; si queremos escapar de esta horripilante situación.

—¿Y cuáles son esas líneas claras, según tú?

—De momento, colocar estos restos humanos donde corresponde.

—Oye, no dirás en serio que metamos las manos en ese cadáver corrompido, lleno de colgajos. Se nos puede destrozar entre las manos...

—Lo sé, hay que armarse de valor y seguir adelante. Vamos, aquí no hay guantes para protegerse.

André suspiró, resignado.

Dejaron las velas que se sostuvieran en pie por sí mismas y luego acercaron el ataúd junto al catre de madera.

Se miraron y cogiendo el cadáver al mismo tiempo, lo izaron en el aire para introducirlo en la caja. Al quedar el raso negro del féretro, André preguntó a su amigo:

—¿No has oído algo parecido a un rugido?

—Sí.

—¿Verdad que parece que lo haya lanzado el cadáver?

—Eso parecía, pero fíjate en su rostro, no tiene boca, sólo los dientes descarnados.

—No quiero mirarla, creo que no podré dormir en mucho tiempo. Es repugnante, viéndola así no se comprende como trataron de seducirla.

—Algún día, tú y yo también seremos así, André.

—Sí, ya sé que algún día ella pudo ser hermosa.

Serge bajó la tapa y una mano, la mano del cadáver, semejó oponerse a quedar encerrada. Salió del ataúd como si poseyera vida, pero la tapa cayó y la mano quedó cortada, cayendo a los pies de Serge mientras André ahogaba un grito de terror.

CAPITULO VIII

—No quiero que se nos haga de noche —se quejó Joana, visiblemente agotada.

—Ahí está el pueblo.

—No lo veo.

—Espera, mujer, según cómo va la niebla, se ve o no.

Aceleraron el paso. Joana tenía terror de que la noche, con aquella niebla y aquel trío, se les echara encima.

—No ha servido de nada buscar tu coche, jamás lo encontraremos —se quejó la joven, nerviosa.

—¿Y ellos, ¿qué crees que habrán encontrado?

—No lo sé, no lo sé.

—Se han arriesgado al ir a ese convento maldito y si les cogen los cazadores de brujas, será peor.

—Si no salimos de esto, pronto enloqueceré.

—Calma, calma, que yo no sirvo para loquero.

—Déjate de bromas estúpidas.

Joana suspiró, en cierto modo aliviada, al ver de cerca las casas de la población, cuando ya había temido quedarse en los bosques durante la noche.

Se acercaban ya a la posada donde se habían instalado cuando, de pronto, se vieron rodeados por un grupo de sombras surgidas de entre la niebla.

—¡En nombre del rey, quedáis arrestados!

—Paul, es el interrogador —gimió Joana al verse cerca de las armas de los guardianes de aquel lugar.

—A mí no me cogen —mascullό Paul, echando a correr.

—¡Prendedle, prendedle, que no escape! —gritó el que mandaba el grupo de guardias.

Paul consiguió empujar a uno de los guardias. Corrió unos pasos, pero dos más le salieron por el frente, armados con picas. Trató de escabullirse, mas arremetieron contra él.

—¡Agggg!

Una de las agudas picas lo clavó contra una de las paredes.

Paul sintió en su cuerpo el dolor del acero penetrando en su plexo solar. Se agarró a la madera de la lanza, mas sólo le sirvió para sus últimas contracciones espasmódicas.

—¡Paul, Paul! —gritó Joana, horrorizada.

El guardián echó hacia atrás su larga arma y Paul se tambaleó con las manos y el vientre llenos de sangre. Cayó al suelo y el interrogador de rostro patético se le acercó.

El guardián explicó:

—Trataba de escapar.

—Sí, ya lo he visto. Ha muerto, maldita sea su alma.

—¿Qué hacemos con el cadáver? —preguntó el comandante de la ronda que a su vez estaba supeditado al interrogador.

—Llevadlo al crematorio y arrojad luego sus cenizas al pozo de las maldiciones. Es un brujo como los demás.

—¡No, no somos brujos, no lo somos! —chilló Joana.

—Llevadla abajo, la interrogaremos.

—¡No, no quiero que me torturen, nooo! —gritó la muchacha que en aquel momento, envidió a Paul por haber dejado ya de sufrir.

Quería morir de forma rápida, fulminante, mas no tenía posibilidad de conseguirlo.

Le encadenaron las manos y cogiéndola por los brazos, la arrastraron por las calles solitarias, umbrías y gélidas.

—No entiendo nada, no entiendo nada —gemía, derrumbándose por momentos.

Nadie salió en su ayuda. Fue introducida en aquel edificio pétreo que pertenecía a la guardia real y bajada a empellones al sótano.

Cuando vio al verdugo con la cabeza y medio rostro cubierto por la capucha, el pánico que sintió le hizo castañetear los dientes.

—Preparadla —ordenó el siniestro interrogador que se envolvía en su capa oscura.

El verdugo se acercó a Joana. Le puso las manos encima y le hizo saltar los botones de la ropa, para desnudarla desde los hombros a la cintura.

Joana miró los rostros que la rodeaban, no había compasión en ellos.

Aquellos hombres estaban acostumbrados a aquel trabajo, hasta podía resultar una diversión torturarla, aunque no llegasen a confesárselo y dijeran que era en nombre divino.

Joana se dejó caer de rodillas, suplicante, gimiendo:

—No me torturen, no me torturen, diré lo que quieran, lo que quieran, no me torturen.

—¡Empieza! —ordenó el sádico cazador de brujas, haciendo una señal al verdugo que sujetó con grilletes las manos de Joana a su espalda mientras ella seguía gritando.

—¡Les diré lo que quieran, lo que quieran, pero no soy bruja!

El verdugo le pasó un hierro lleno de púas por los cabellos hasta conseguir enredarlos totalmente en ellos. Luego, sujetó aquel hierro a una cadena que pendía de una polea sujeta al techo. Movió una rueda fijada en la pared y los eslabones de la cadena se deslizaron por la polea.

Joana se vio izada por los cabellos hasta quedar colgada, chillando de dolor, saltándosele las lágrimas de los ojos ante aquel dolor que ella creía irresistible, pero que sólo era el comienzo de sus sufrimientos.

El verdugo la hizo subir hasta que los pies de la mujer no tocaron el suelo. Entonces, el interrogador se enfrentó a ella nuevamente.

—¿Eres bruja?

—¡No, no!

A una seña del siniestro personaje, el verdugo se acercó con un cubo de agua que arrojó sobre el cuerpo y la cabeza de Joana. Era agua helada que la dejó casi sin respiración.

—Por tu bien, desgraciada, será mejor que confieses.

El verdugo le quitó los zapatos. Le tomó luego el índice del pie derecho mientras el interrogador silabeaba:

—Confiesa y no sufrirás. Ahora te van a romper un dedo, es doloroso ya lo verás.

—¡Noooo!

El cazador de brujas bajó la cabeza y aquello debió ser una orden, porque el verdugo, sin prisas, despacio para hacer sentir a la joven todo el dolor de la tortura, le partió los huesos del dedo atenazado entre sus manos.

Joana chilló, pero su chillido no le sirvió de nada.

—Esto es sólo el principio, te romperé todos los dedos, uno a uno. Nos está prohibido derramar sangre, pero hay muchas formas de obligarte a confesar. Con aceite hirviendo salpicaremos todo tu cuerpo y lo peor para ti es que no tenemos prisa. Serás internada en una celda mientras tu piel se llenará de úlceras.

—¡No, no! —suplicaba, sintiendo un terrible escozor en su cuero cabelludo, una tirantez irresistible en el rostro, un dolor taladrante en el pie y una sensación insoportable en todo su cuerpo mojado con agua helada.

—Eres una bruja. ¡Confiesa! ¿Eres una bruja?

—Sí —sollozó Joana.

—¡Al fin has confesado! ¿Y tus compañeros son brujos también?

—Sí...

—¿Todos?

—Sí...

—Ya tenemos la confesión más importante. Metedla en la jaula, todavía tiene que confesar muchas cosas más.

El verdugo, en ve/ de bajar la cadena para que los pies de la mujer llegaran al suelo, cogió un afilado cuchillo y comenzó a cortar bárbaramente los cabellos hasta que Joana se derrumbó, dejando un último mechón arrancado por su propio peso, colgando de la cadena.

—Se ha desmayado —dijo el verdugo.

—Despiértala, no quiero que quede dormida. Debe sufrir ya que es una bruja y ha de quedar lista para ulteriores interrogatorios.

El verdugo fue en busca de otro cubo de agua helada y bañó a la infeliz Joana con él. No despenó, sino que se encogió más sobre sí misma, como regresando a una posición fetal.

—Hay que encontrar a los que faltan, estén donde estén. Todos pagarán en la hoguera su condición de brujos...

Los guardias se pusieron en acción, la orden estaba dada.

Todos creían que la pseudoconfesión de Joana estaba cargada de verdad, cuando sólo era un intento desesperado para escapar del sufrimiento, sin


importarle mentir para ello.

CAPITULO IX

—Cómo diablos pesa ahora la caja...

—Es que ya hemos metido el cadáver dentro.

André sudaba y refunfuñaba.

—¿Y adónde quieres ir ahora con esto?

—Pienso que lo mejor sería sacarlo de aquí.

—Pero ¿a qué hemos venido, a buscar u Marie o a sacar cadáveres de este maldito convento?

—Hola, ¿qué hacéis aquí?

Ambos se volvieron bruscamente hacia una de las puertas. Gracias a las luces de los velones que llevaban encendidos, pudieron ver la figura humana. Era una mujer vestida de monja pero sin símbolo religioso alguno.

—¡Marie! —exclamó Serge.

—Te equivocas, yo soy Magdalena Bavan.

—¡Tú eres Marie!

—No, no, soy Magdalena Bavan —insistió ella.

André se les acercó, mirándola bien a la cara.

—¿No me reconoces? —le preguntó.

—No, no te he visto jamás.

—¿Qué te han hecho, Marie? —preguntó Serge.

—Está corno hipnotizada —le observó André.

—No me han hecho nada, vosotros me confundís.

Serge se acercó a ella hasta cogerla por una muñeca de forma sorpresiva para la mujer que no pudo escapar.

—¡André!

—¿Sí?

—¡Suéltame, suéltame, me haces daño, me confundes! —exclamó Marie, debatiéndose.

—André, abre la caja.

—¿Estás seguro de que quieres que la abra? —insistió André, sabiendo muy bien lo que contenía por haber tomado parte en la extraña operación.

—Sí. Tiene que verlo ella, ha de despertar.

André se inclinó sobre la tapa y la abrió. Marie ladeó su cabeza antes de poder ver nada.

—¡Mírala, mírala! —le exigió Serge.

—¡No, no, me confundís! ¡Auxilio, mi señor, auxilio! —gritó Marie.

—Tienes que verla, Marie, ella es Magdalena Bavan y no tú.

Serge, para obligarla a ver el contenido del pesado ataúd, le sujetó la cabeza con su brazo y antebrazo, colocando la nuca de la joven en el pliegue del codo.

Marie lanzó un grito de horror al ver aquel cadáver corrompido, con colgajos sobre sus huesos.

André había acercado la llama del velón a aquellos despojos humanos que, vistos a la vacilante luz, aún resultaban más horrendos. Las cuencas vacías, la boca con los dientes descarnados, la ausencia de nariz, y aun así daba la impresión de que iba a levantarse de un instante a otro.

—¡No, no, ella no es, soy yo, soy Magdalena Bavan!

—En todo caso, tú llevas dentro el espíritu maligno de esa horrible mujer que se niega a morir.

—¡Soltadla! —ordenó de pronto una voz, que ya habían oído anteriormente en la maligna soledad del convento abandonado.

De espaldas a la pared, como si hubiera pasado a través de ella, estaba el ser con la cabeza de gato.

—Tú eres el diablo Dagon, ¿no es cierto? —preguntó Serge.

—Soltadla, es mi discípula.

—No, no lo es. Tú has tomado su cuerpo para introducir en él el espíritu de la bruja Magdalena Bavan, pero ella es Marie. Libérala.

—Jamás.

—Entonces, lo haremos nosotros.

—¿Cómo? —quiso saber Dagon, echándose a reír. Sus carcajadas hallaron ecos en todas las oquedades de aquel siniestro convento donde ni las ratas querían anidar.

—Marie, vas a seguirnos, ¿lo oyes? Vas a seguirnos, porque si no lo haces, te perderás.

—Mi señor es Dagon —insistió Marie.

—Nos seguirás, porque si no lo haces, perderás tu vida y tú, Magdalena Bavan... —se enfrentó con el cadáver corrompido— si te alejas de tu cuerpo jamás volverás a reencarnarte y con la muerte de Marie, morirás tú también.

—¿Qué hacemos, Serge? —preguntó André mientras el diablo con cabeza de gato se reía de ellos.

Serge tapó el ataúd y pidió a su compañero:

—Coge un asa, lo llevaremos aunque sea a rastras.

—¿Adónde?

—Tú sígueme.

Cogieron el féretro por las asas y salieron de la sala. Marie, vestida de monja y con la personalidad de la ya desaparecida Magdalena Bavan, dudó pero luego echó a andar tras el ataúd que producía escalofriantes ruidos al rozar contra el pavimento pétreo.

—¡Magdalena Bavan, no les sigas, no lo hagas!

La orden del diablo no fue seguida por la joven que vaciló pero continuó avanzando como su estuviera ebria, como si los dos espíritus que se hallaban dentro ele su cuerpo libraran una feroz batalla.

Serge miró hacia atrás y al ver que les seguía, suspiró, aunque no estaba seguro de que ella, por sí misma, llegara a cruzar el muro que circundaba el convento, saliendo de él y escapando de aquel horrible ser que había tomado la forma de hombre-gato.

—Pero ¿adónde vamos, Serge? —preguntó André.

—Camina y calla.

El ataúd siguió haciendo horribles ruidos al ser arrastrado. La noche llegaba aceleradamente sobre ellos, envolviéndoles con sus velos negros.

Marie parecía retrasarse, su camino resultaba cada vez más vacilante. El poder del diablo Dagon influía sobre ella.

Los dos jóvenes seguían adelante y llegaron a salir del convento.

El cielo aparecía totalmente cubierto y la niebla era espesa. Los gruesos cirios vacilaban tanto que amenazaban con apagarse de un instante a otro.

—Es una noche infernal —opinó André.

—Nunca mejor empleada la palabra.

Cuantío Serge miró hacia atrás, observó que Marie estaba cruzando el dintel de la puerta del muro. Cuando parecía que lo iba a conseguir, como si una barrera invisible se lo impidiese, se levantó un viento ululante que les azotó como tratando de que no siguieran avanzando.

—¡Di de una condenada vez adónde vamos, Serge!

—Al pozo de las maldiciones —le respondió esta vez, en medio de aquel ulular que amena/aba con ser horrísono.

En pocos segundos, el viento alcanzó tal fuerza que doblegó los matorrales, arrancó ramas de los árboles más próximos e hizo volar tejas del tejado del convento.

—Este viento se nos va a llevar volando —le dijo André.

—Hay que seguir adelante.

Pese al viento, Marie salió del convento. Les siguió a distancia mientras sus ropas se inflaban como para hacerla volar. Tras ella salieron dos figuras más.

Serge las vio al volver la cabeza, gracias a la escasa luz de una luna que conseguía traspasar el cielo encapotado, porque los cirios se habían apagado ya.

—Son Picard y Boullé...

—¡Por todos los demonios, Serge, dejemos esto y corramos, los muertos nos persiguen!

—No, André, hay que seguir adelante. Ellos no pueden hacernos nada. Toda su fuerza está en el terror que puedan inspirarnos. Tu fuerza de espíritu es la mejor arma contra ellos. No les tengas miedo, André.

El féretro que encerraba los despojos físicos de Magdalena Bavan daba golpes sobre el camino de tierra en dirección al cementerio mientras aquella especie de huracán súbito que se había levantado trataba de impedirles el avance.

La niebla había desaparecido, barrida por el viento, pero tampoco era fácil ver, ya que el viento arrastraba partículas de polvo y hojas que les azotaban los ojos mientras avanzaban con su fúnebre y pesada carga.

Picard y Boullé iban tras la joven como tratando de alcanzarla mientras todos eran empujados por el viento que parecía querer retornarlos al convento

para que no pudieran escapar de él; sin embargo, todos seguían adelante, luchando contra aquella fuerza invisible que más que ulular, semejaba rugir.

—¡No llegaremos jamás! —gritó André. Incluso, el ataúd semejaba pesar cada vez más, era como si lo hubieran llenado de plomo.

Serge miró hacia Marie. Ella les seguía, a distancia pero les seguía, y tras la joven, los dos cadáveres vivientes que ansiaban atraparla.

—¡Marie, aprisa, aprisa! —le pidió Serge sin dejar de avanzar.

El cementerio estaba cerca. Al rozar contra el muro y los altos Cipreses, el viento semejaba interpretar allí una sinfonía macabra.

—¿Y ahora qué, Serge? —gritó André.

—¡Ven por el lado, no hay que entrar en el cementerio!

Continuaron avanzando junto al muro y se apartaron de él para llegar al pozo de las maldiciones, al siniestro pozo donde los cazadores de brujas mandaban arrojar las cenizas de quienes creían malditos.

Dejaron el ataúd en el suelo, junto al pozo tapado por la reja en la que había una cruz forjada, como para impedir que lo maldito pudiera salir de aquel lugar.

—¡Arriba con ella! —exclamó Serge, y levantaron la tapa.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Ahora lo verás! Si pudiéramos incinerarla, sería lo mejor, pero no hay tiempo —gritó Serge, mientras el viento se convertía en un tornado que trataba de absorberlos.

Picard y Boullé consiguieron atrapar a Marie cuando la joven llegaba junto al féretro.

Marie, con la mirada perdida, forcejeó con ellos. Los dos muertos vivientes trataban de llevársela consigo mientras Serge y André se preocupaban de subir el ataúd al borde del pozo que era bajo, empujándolo hasta conseguir inclinarlo.

—¡Ahora!

—¡No cabrá! —gritó André.

—¡Tiene que caber! —Rugió Serge—. Hay que ponerlo en vertical.

—Es demasiado grande.

Efectivamente, la caja era grande, pero Serge, ayudado por André, logró ponerlo vertical y fue entonces cuando se le escapó de entre las manos.

—¡Aaaaaaggg!

Fue un rugido infrahumano, el alarido de una bestia, algo horripilante que brotó del interior del ataúd mientras Marie se tambaleaba y caía al suelo, perdiendo el sentido.

Picard y Boullé arremetieron contra Serge y André, entablándose una lucha desigual.

Aquellos seres tenían una fuerza inagotable, pero les faltaba la elasticidad de un cuerpo joven y vivo.

Serge logró voltear a Picard, que fue de cabeza al interior del pozo. Boullé también cayó, pero arrastrando consigo a André que gritó de terror al verse

ante aquella boca de la tierra, oscura y siniestra.

—¡Sergeeee!

Serge se lanzó tras su amigo, cogiéndolo por los pies, pero se quedó con los zapatos de André en la mano. Miró hacia la oscuridad tenebrosa e insondable de aquel pozo que no semejaba tener fondo; sin embargo, los gritos llegaban hasta lo alto.

Los rugidos del viento, de los seres humanos y también de los cadáveres se confundían.

Serge, temblando de rabia, se volvió y cerca, muy cerca, vio al diablo con cabeza de gato que semejaba espumear de rabia mientras lanzaba gruñidos mezclados con maullidos amenazadores.

—No te temo, Dagon, no te temo —silabeó.

El viento había despejado la niebla, pero había traído consigo montañas de nubarrones que comenzaron a descargar su terrible tormenta eléctrica. Los rayos cayeron en torno a ellos y sobre el convento que semejó resquebrajarse.

Dagon avanzaba hacia Marie, como disputándole su presa a Serge, el cual se mantenía junto al pozo de las maldiciones.

De pronto, un rayo dio en las rejas que servían de tapa al pozo y ésta cayó por la sacudida eléctrica, cerrando el pozo mientras Serge se veía lanzado violentamente contra el suelo que también temblaba. La oscuridad se hizo completa en su mente.

* * *

Sacudió la cabeza, un dolor terrible laceraba su cerebro.

Se levantó como si estuviera ebrio y miró en derredor. Cerca de él yacía Marie, tendida en el suelo. Se arrastró hacia ella y le cogió el rostro.

—¡Marie, Marie!

La muchacha parecía muerta. Serge la estrechó contra sí y luego aproximó su boca a la femenina. Insufló el aire de sus propios pulmones en los de la muchacha hasta que notó que ella también respiraba por sí misma.

—¡Marie, Marie!

Ella abrió los ojos y pese a la escasa luz que provenía de la luna que brillaba en un cielo limpio de nubes, la muchacha le reconoció.

—¡Serge!

—Marie, ¿te sientes bien?

—Sí, creo que sí... ¿Qué ha pasado?

—No lo sé.

—He tenido pesadillas horrendas.

Serge se levantó y Marie lo hizo junto a él. Ambos estaban maltrechos y desconcertados. El suelo aparecía húmedo, era como si hubiese llovido pocas horas antes.

—¡El coche! —exclamaron al unísono.

El automóvil estaba contra un árbol, totalmente destrozado. Había ardido y

aún olía a quemado.

—¿Qué ha sido, Serge, qué ha sido?

—Un accidente, pero no recuerdo cómo fue...

Serge tocó la portezuela del coche y se quemó, el vehículo aún estaba caliente. Miró hacia su interior y vio los cadáveres calcinados de Paul y Dominique.

—¿Quiénes son, Serge?

—Marie, no te acerques, no mires, es horrible.

—¿Quiénes son? —insistió.

—Creo que Paul y Dominique.

—¿Y los demás?

Serge apartó a Marie del coche siniestrado. Buscaron en las inmediaciones y pudieron ver un charco con agua casi helada y en él, un cuerpo humano.

—¡Es Joana! —gritó Marie.

Serge se inclinó sobre la joven. Tenía los ojos abiertos v vidriados, toda ella parecía empapada de agua.

—Parece que se ha ahogado o ha muerto de frío, no lo sé, pero está muerta. Debió salir por la portezuela y caer al agua helada. El enfriamiento, unido al shock traumático, ha sido definitivo.

—¡André, falta André!

Buscaron por los alrededores y entre las piedras descubrieron un agujero.

—¡Cuidado! —exclamó Serge, mientras una piedra caía al fondo de aquel agujero.

—Es un pozo.

El siniestro pozo semejaba una trampa mortal.

—¿André pudo caer ahí dentro? —preguntó Serge.

—No lo sé, sería horrible.

—Mañana, cuando venga un nuevo día, lo sabremos. Ahora habrá que buscar a la policía y denunciar el hecho.

Se apartaron del lugar del siniestro y caminaron hacia un grupo de casas entre una alameda. Había luces y automóviles estacionados.

—Serge, mientras estaba desmayada a causa del accidente, he tenido horribles pesadillas.

—Creo que yo también y no sé por qué tengo la impresión de que mis pesadillas tienen que ver con las tuyas... Paul conducía el coche nuevo de su padre, él era novato y nos hemos estrellado contra un árbol por exceso de velocidad.

—Mira, allí viene un coche policial, lleva las luces de señalización —indicó Marie.

Habían llegado a una calle principal, hicieron señas con las manos y el patrullero se detuvo junto a ellos.

—Por favor, agente, por favor, ha habido un accidente de coche y varios muertos.

El jefe de patrulla se asomó, preguntando:

—¿Dónde ha sido?

De inmediato, ambos recordaron aquel rostro: era el del cazador de brujas...

FIN